
EL VENGADOR
SE HA FUGADO UN PRESO
POR: FIDEL PRADO
3 PTAS
B. Nadal



Núm. 12

Se ha fugado un preso

NOVELA DEL OESTE ORIGINAL DE

FIDEL PRADO

Editorial Cies - Vigo

EL VENGADOR

TITULOS PUBLICADOS

Próximo número: **Robo fatal.**

PRIMERA EDICIÓN 1946

Impreso en España *Printed in Spain*

Artes Gráficas «GRIJELMO», S.A.—Bilbao



Capítulo I

LA FUGA



OL King, «el Vengador», se sintió intrigado desde el mismo momento en que, por un azar de su destino aventurero penetró por los arrabales de Rook Spring, la populosa ciudad del Sur de Wyoming, bañada muy cerca por el Green River. Aunque el poblado era muy destacable en la geografía del lugar, debido al tráfico que le prestaba la línea del Unión Pacífico, el inusitado movimiento que observó en él se alejaba un poco del cotidiano de pueblos como aquél.

Primero le había alarmado un poco el tañido insistente de la pequeña campana de una de las iglesias católicas erigidas en el lado Norte del poblado y después, habíase sentido intrigado por el correr

nervioso de la gente, el trote persistente de caballos que se alejaban por la periferia de la ciudad, así como algunos corrillos que empezaban a formarse al socaire de las fachadas de las casas batidas por el áspero sol de la tarde, que aún quemaba con insistencia.

Sol pensó si alguna tribu de indios de los que se cobijaban en los cercanos montes Table habrían realizado alguna «razzia» de las que acostumbraba a hacer cuando sus enemigos, los blancos, parecían más confiados, pero le pareció absurdo que un puñado de cobrizos se aventurase a atacar una población de más de tres mil almas y desechó la hipótesis por absurda.

No obstante, adivinaba que algo grave sucedía y su innata curiosidad le movió a averiguarlo.

Abordó la calle principal, reseca y polvorienta, donde los corrillos de comentadores eran más numerosos, pero desdeñando pararse a hacer pregunta alguna, decidió entrar en la primera taberna que encontrase al paso. Lo que no averiguase allí y sin hacer pregunta alguna, no lo averiguaría en ningún otro lugar,

Trabó a «Stard» a uno de los palos del porche y penetró en el establecimiento atestado de público a pesar de lo intempestivo de la hora. Parecía como si el suceso hubiese sido tan poderoso, que obligó a la gente a interrumpir sus faenas para dedicarse al comentario ocioso.

De pie, ante el mostrador, pidió una absenta y, mientras fingía saborearla, empezó a captar retazos de conversación entabladas en voz alta y acalorada que le fueron informando al detalle de lo ocurrido.

Un granjero, de pelo ensortijado y tez casi negra a causa del zarpazo del sol, aseguraba:

—Les digo que yo me crucé con Bing sin sospechar que era él. Le había confundido con Lewis Cárter a causa del caballo y ahora me explicó la confusión. ¡Como que había huido en el caballo de Lewis!

—¡Ya hace falta agallas para hacer lo que ha hecho Bing! Warren, el *sheriff*, debe estar como para pedirle diez dólares prestados.

—Está que echa lumbre si le rozas con un dedo—aseguró otro—. Claro es que él no tiene la culpa, pero eso de que se le haya fugado de la cárcel de Rook Spring un preso tan peligroso, es para poner en peligro su estrella.

—Es natural—añadió el granjero—, Bing tenía sobre sus espaldas veinte años de condena y apenas si llevaba uno encerrado. Ha sido una jugada limpia.

Un vaquero, flemático y calmoso, intervino para preguntar:

—¿Se sabe cómo ha sucedido eso? Yo conozco la cárcel de este pueblo— ¡maldita sea mi sombra! —porque me tuvo Warren dos meses por irme de las manos con el revólver un sábado que había bebido más de la cuenta y saqué la impresión de que de ahí no se puede fugar ni una rata. ¡Es chocante!

—¡Y tanto!,.. Pero así ha sucedido. Bing ha demostrado ser hombre de agallas y de ingenio. He hablado con mi primo, que es cuñado de uno de los vigilantes de la cárcel y me ha contado cómo ha sido la fuga.

Todos rodearon al que hablaba, un muchacho joven y espigado que prestaba sus servicios en la línea del Unión Pacifico y el joven añadió:

—Os lo voy a contar. Supongo que ha sido así, pero si no fue, yo cuento lo que a mí me han contado. Como sabéis todos, Bing fue traído hace cosa de un año a esta cárcel. Un jurado en Elkhorn le condenó a veinte años por misericordia, pues la intención era la de ahorcarle, pero en gracia a sus buenos antecedentes hasta aquella fecha, el jurado se contentó con veinte años de encierro, aunque el viejo Barnes Parrish protestó locamente y hasta intentó una revisión de la causa, que no llegó a celebrarse. Bing se mostró al principio desesperado. Jamás se cansó de hacer protestas de inocencia sobre el crimen que se le imputaba, pero las pruebas fueron tan claras contra él, que en verdad, el jurado estuvo blando al no condenarlo a la horca. Tan desesperado se hallaba cuando vino aquí, que suplicaba que le diesen libertad unas horas para matar a Barnes y luego aceptaba ser ahorcado sin pedir gracia. Los primeros días—según me ha dicho mi primo—fueron para él terribles. Gritaba, aullaba, se pegaba de cabezadas contra las paredes y parecía que iba a volverse loco. Se montó una guardia especial en torno a él y no se le perdió de vista de día ni de noche. Pero poco a poco se fue serenando. Aceptó con resignación su condena y empezó a mostrarse dócil, tranquilo, obediente y uno de los presos más agradables que había en la cárcel.

»Al director le fue simpático. Le visitaba mucho, le confortaba, le daba buenos consejos y le animaba a resignarse y Bing prometió seguir siendo dócil, con la esperanza de que su buen comportamiento le rebajase un día tan larga condena. Los dos vigilantes le tomaron cariño. Charlaban con él muchos ratos. Le dejaban andar por el patio, les ayudaba en las faenas de limpieza, atendía la enfermería y más que un preso parecía un empleado más. En alguna ocasión, fingieron descuidar la vigilancia para sondear sus intenciones, pero Bing, o no se dio cuenta, o no quiso intentar

tan loca aventura y terminaron por creer que había aceptado su situación de tal suerte, que hasta se encontraba a gusto preso, Así se han pasado once meses corridos y ya todos habíamos olvidado a Bing y en la cárcel nadie desconfiaba de él. Bing es un chico bastante ilustrado. Tiene buena letra y ortografía y el viejo James, el director, que ya posee un pulso temblón, terminó por emplearle como secretario, confiándole la redacción de oficios y otros trabajos de la dirección. Esta mañana, le hizo subir a su despacho para encomendarle unos escritos. Bing, como de costumbre, penetró en el despacho, cerró la puerta y aceptó una pipa de tabaco que el viejo James le ofreció. Luego, le indicó unos papeles que tenía sobre la mesa y le dijo que se acercara para darle instrucciones. James había abierto el cajón de su mesa para sacar más documentos que en él guardaba y, sin darse cuenta, lo dejó abierto.

»Sobre un legajo, se encontraba su enorme *colt* cargado y Bing, al acercarse a la mesa, lo descubrió. Sin que James pudiera evitarlo, se apoderó rápidamente de él y aplicándoselo a la sien, le dijo fríamente:

»—Señor director, lo siento mucho, pero ha llegado el momento que con tanto anhelo estaba esperando. Necesito salir de aquí y saldré aunque tenga que regresar dentro de unos días para que me cuelguen en el patio de esta misma cárcel; así es, que no se mueva o grite, porque estoy decidido a jugármelo todo en este envite.

»James leyó en sus ojos la firme resolución de saltarle los sesos si se resistía y no hizo movimiento alguno, mientras Bing le amarraba las manos con el cordón de la cortina de la ventana y le amordazaba reciamente con su propio pañuelo. Lo dejó sentado en un rincón del despacho y agitó la campanilla que servía a James para llamar al carcelero. Este acudió al llamamiento, confiado, sin sospechar lo que le esperaba detrás de la puerta. Bing se había escondido con el revólver empuñado y cuando Arthur penetró dentro, se encontró con el arma apoyada en el pecho, al tiempo que Bing ordenaba fríamente:

»—Lo siento, Arthur, pero no es cosa de juego. Si no salgo hoy de aquí, no saldré nunca y necesito salir. Te aprecio y no deseo hacerte daño alguno, como no deseo hacérselo a nadie de esta casa, pero si haces un movimiento mal hecho, te volaré la cabeza. Arthur comprendió que hablaba en serio y quedó rígido, mientras Bing se apoderaba de su revólver y de las llaves de la prisión. Hizo con Arthur lo mismo que había hecho con el viejo James. Les dejó atados y amordazados en el despacho, se apoderó de los dos revólveres, de las municiones y de un cuchillo y salió del despacho

tranquilamente. En aquel momento, no había en la cárcel más que siete presos en sus celdas y el cocinero que se hallaba entregado a sus faenas en la cocina. Bing lo sabía y por eso obró con perfecta calma. Recorrió los pasillos, asegurándose de que los cerrojos de las celdas de sus compañeros estaban bien corridos y cuando solamente quedaba suelto el cocinero marchó en su busca. El susto que se llevó el pobre Zeb fue horrible. Creía que Bing le iba a matar, pero el preso le tranquilizó. No pretendía más que asegurarse la fuga por todo el tiempo posible y necesitaba dejarle amarrado como a los otros. Después de atarlo, buscó sus prendas en el guardarropa. Llenó el morral de provisiones de boca, sin olvidar sus dos cantimploras para agua; fósforos, tabaco y algunas otras cosas y se dispuso a abandonar la cárcel. Pero necesitaba un caballo para huir y tenía que buscarlo sin ruido para poner unas cuantas horas entre él y sus perseguidores cuando fuese descubierta su fuga. Como todos sabéis, Lewis, el hijo del dueño del almacén, posee un hermoso caballo, rápido como una centella y ha construido para él un cobertizo detrás del almacén, donde lo encierra hasta que abandona el trabajo. Pues bien, Bing, al salir, dio la vuelta a la plaza, descubrió el cobertizo, vio el caballo, comprendió que no era difícil apropiárselo sin ser descubierto en seguida y, sin pensarlo más, lo sacó, montó en él y salió disparado por el Oeste, sin ser descubierto por nadie. Como os digo, yo me crucé con él. Venía de Kanda de cumplir unos encargos de mi jefe y pasó cerca de mí como un rayo. Cuando quise saludarle ya le había perdido de vista y me extrañó aquellas prisas, pero no hice más aprecio del caso. Cuando entré en el pueblo recordé que tenía necesidad de comprar betún para las polainas y entré en el almacén, quedando asombrado al descubrir que Lewis estaba detrás del mostrador en mangas de camisa. Un poco confuso, le pregunté:

»—¿Qué diablos sucede, Lewis? ¿Es que has regresado ya de tu vertiginoso paseo por la carretera?

»Lewis me miró asombrado, respondiendo:

»—¿Estás bebido, Andrew? ¡Si yo no me he movido de aquí en toda la mañana!

»—¿Cómo que no, si me he cruzado con tu maldito caballo en la carretera, e ibas lanzado como una bala?

»—¡Te digo que no he salido de aquí, Andrew!

»—Entonces ¿has prestado tu caballo a alguien…?

»—¡Tampoco!

»—No digas que no. ¡A ver si no conozco yo a ese diablo de penco!

»Lewis, intrigado, me cogió por un brazo, diciendo:

»—Ven aquí, testarudo. Te voy a llevar a que veas a «Pinto» en su cobertizo y después… me vas a pagar un *whisky* por visionario.

»Pero cuando entramos en el cobertizo el caballo había volado, y Lewis, rabioso, echó sapos y reptiles por su boca, diciendo que algún maldito cuatrero le habla robado a «Pinto», y conmigo fue a ver al *sheriff* a quien dio cuenta del robo. Warren se echó a la calle intentando hacer averiguaciones sin conseguir nada. Alguien más que yo había visto al caballo, pero iba tan a la carrera que no tuvieron tiempo de reconocer al jinete. Así se pasó toda la mañana hasta que, a la hora de comer, los presos de la cárcel, indignados por el retraso, empezaron a protestar ruidosamente, aporreando las puertas de las celdas, que consiguieron que el ruido llegase al exterior. Alguien pretendió entrar, pero la puerta estaba cerrada. Llamaron, sin obtener respuesta y, alarmados, corrieron en busca de Warren, dándole cuenta de lo que sucedía. El *sheriff* no pudo entrar, y entonces se buscó al cuñado de mi primo que es el vigilante. Este entraba de relevo a las cuatro, pero como poseía una llave de la cárcel corrió a ésta y abrió. No queráis saber la sorpresa de él y de Warren cuando, al llegar al despacho, encontraron amarrados al viejo James y al carcelero. Los desataron rápidamente y ambos contaron lo mejor posible lo sucedido. Entonces Warren cayó en la cuenta de quién era el que se había apropiado del caballo de Lewis, pero ya llevaba cuatro horas de ventaja y Dios sabe dónde se encontraría ya el astuto Bing. Han salido ayudantes de Warren a recorrer las cercanías y se ha dado parte a los *sheriffs* de la región, pero cualquiera sabe dónde localizar a Bing. Hay mucho monte y mucha cortada por los alrededores que le pueden servir de refugio hasta que se calme un poco la indignación y pueda cruzar alguna divisoria con relativa facilidad, Esto es lo que ha sucedido y yo me pregunto qué cara pondrá el viejo Barnes Parrish cuando se entere de la fuga de Bing. Parecía temerle más que a un nublado y a estas horas debe estar que no le llega la camisa al cuerpo.



—Señor director, lo siento mucho, pero...

»—Sus razones tendrá—objetó el granjero—. Bing quería matarle a toda costa. Le acusaba de falsario y le culpaba de ser el autor de las falsas pruebas para condenarle. Si queréis que os diga la verdad, todas mis simpatías están del lado de Bing. Barnes no fue nunca hombre apreciado en la región, y a veces he sospechado si Bing tendría razón y seria inocente del crimen que le achacaban.

»—¡Vaya usted a saber! Pero el Jurado debió examinar las pruebas. Es un asunto que nosotros no podemos juzgar.

»—Es cierto. La verdad es que Bing se ha largado y que a estas horas se estará riendo de James, de Warren y de todas las autoridades de Wyoming. Ha demostrado ser un muchacho con agallas.

»—Hasta que alguien le cace por alguna cortada y le meta seis balas en la cabeza. Eso, el tiempo lo dirá.

Sol había seguido la conversación con sumo interés. Todo lo que se había hablado quedó impreso al detalle en su memoria y cuando el grupo se dedicó a divagar sobre estos temas, «el Vengador», pidiendo otro vaso, se sentó ante una mesa y se dedicó a analizar el asunto.

Para él había muchos detalles vagos en la historia y, sobre todo, el choque de las personas de Ring y Barnes parecía marcar una

diferencia notable entre ambos. Lo único que le faltaba era conocer el motivo porque había sido condenado Ring y las pruebas que el Jurado había aceptado para condenarle.

Cuando la taberna quedó despejada de clientes que, intrigados, marcharon a las oficinas de Warren a investigar si había noticias del fugitivo, Sol se encaró con el tabernero, comentando:

—Extraño suceso, ¿no le parece? De esto no lo hay todos los días.

—Claro que no, forastero. Es el primero que se escapa de esta cárcel, considerada como de las más seguras.

—Sí que ha sido un acto de audacia… ¿Qué es lo que hizo ese muchacho? No es que me importe gran cosa, pero me ha intrigado.

—Mató a Helen, que era sobrina en tercer grado del viejo Barnes.

—¡Oh, eso es repugnante! ¿Por qué fue?

—Pues no está muy claro el caso, créame. Hay quien sospecha que Bing no lo hizo. Se lo contaré: En Elkhorn, que se halla a un buen rato de camino de aquí, habitaba el padre de Helen, un ovejero que llegó a la región con muy poco dinero, pero que, trabajando mucho y con suerte, logró hacerse con una bonita finca y un buen hatajo de ovejas. Los robos de ganado son frecuentes en todas partes y el padre de Helen no se libró de esos expolios hasta el punto de que una noche, al parecer, sorprendió a los ladrones y recibió un tiro por la espalda que le dejó seco. La herencia pasó a manos de Helen, y como ella no entendía de ovejas ni se consideraba capaz de defender el negocio, su tío Barnes, que ya entonces era capataz del equipo y administrador del muerto, asumió la responsabilidad de la hacienda y se encargó del negocio. Cerca de los pastos y rediles de Barnes se hallaba establecido con un pequeño hatajo, Bing, el cual no podía codearse con Barnes, pero se defendía con relativo desahogo. Bing, que es un muchacho de unos veintiocho años, guapo, fuerte y enérgico, debió gustar a Helen y Helen a él, porque, al parecer, se hicieron novios. Pero un día surgió algo desagradable. Barnes, que se quejaba de robo de reses, achacaba, en parte, la desaparición a Bing, y un día—mejor dicho, una noche—hizo que el *sheriff* y sus ayudantes le acompañasen a una requisa del rebaño de su enemigo, descubriendo en él varias reses remarcadas, pertenecientes al equipo de Barnes. Bing fue condenado a tres meses de prisión como un correctivo suave; pero el joven protestó furioso y culpó a Barnes de ser el autor de una sucia maniobra para desprestigiarle y hacer que Helen rompiese con él. Lo cierto fue que, cuando Bing cumplió su condena y trató de ver

a Helen, ésta le despidió rotundamente. No podia aceptar a un hombre que le había estado despojando de su patrimonio, no porque el valor le afectase, sino porque indicaba que la condición moral de Bing no era decente. Poco después se supo que la muchacha había aceptado las relaciones del hijo de un ranchero vecino y hasta se aseguró que la boda no tardaría en realizarse. Bing estaba desesperado. Amaba locamente a Helen y no se resignaba a que fuese de otro. Pero un día, la joven, que solía pasear a caballo por un terreno muy hermoso, pero muy accidentado, a un par de millas de su hacienda, no regresó a la hora acostumbrada. Barnes, inquieto, esperó, y ya de noche fue en busca del *sheriff*, a quien dio cuenta de la tardanza de Helen y de sus temores de que le hubiese sucedido un accidente. Nada se pudo hacer aquella noche; pero al siguiente día se registró el terreno y, a costa de no pocos esfuerzos, varios ayudantes del *sheriff* descendieron a una profunda sima cercana a la senda, donde descubrieron el cuerpo de Helen terriblemente destrozado a causa de la caída. Junto al cuerpo descubrieron un sombrero, que más tarde fue identificado como propiedad de Bing. Este no pudo demostrar que no pudiese ser él el autor de la muerte de la muchacha. Aquella tarde no había estado en su rebaño, asegurando que se había dedicado a pescar, quizá con la intención de ver si podía entrevistarse con la muchacha y, por otra parte, Barnes le acusó firmemente de haber lanzado amenazas de muerte contra Helen si se casaba con otro, así como contra su medio tío, por creerle el autor de la ruptura de sus relaciones. En cuanto al sombrero, reconoció ser el suyo, pero afirmó con energía que lo había perdido tres días antes en la hacienda de Barnes cuando, desesperado, intentó visitar a Helen para convencerla de su inocencia. Afirmó que Barnes le recibió con un rifle y hasta disparó contra él, por lo cual, al huir, perdió el sombrero que no pudo recoger.

»Furioso, acusó a Barnes de ser el autor de la muerte de su sobrina. Si ésta moría, él heredaba su hacienda, como así fue, y este interés podía moverle al crimen. Barnes deshizo la acusación con una prueba fehaciente. Precisamente él había sido quien más influyó para que Helen aceptase por novio al hijo del vecino ranchero y la boda la había concertado, en persona, para una fecha próxima al accidente. De no haber surgido éste, Helen se hubiese casado y, por lo tanto, si él hubiese pretendido heredar de forma tan cruel, se hubiese preocupado de no permitir que nadie rondase a la joven.

»En cambio acusó a Bing de haber amenazado a Helen de muerte si se casaba con el ranchero, y por ello le había despedido a tiros de la hacienda el día que se presentó a tratar de impedir el noviazgo. El Jurado tuvo que admitir la prueba del sombrero. No tenía justificación hallarlo al lado del cadáver, pero como Bing gozaba de simpatías trataron de hacerle declarar que el accidente había sido fortuito. Que trató de convencer a la joven y que ésta, al pretender huir de él, se había escurrido, cayendo a la sima; pero Bing no aceptó la fórmula y prefirió que el Jurado fallase a su albedrío. Tras mucho deliberar, aunque él no quiso reconocer lo que se proponía como un accidente o imprudencia provocada por su exaltación, se admitió como posible, eximiéndole del deseo premeditado de matar, y se le condenó a veinte años de cárcel. Cuando le leyeron la sentencia, quiso huir para matar a Barnes y durante algún tiempo se necesitó vigilarle extremadamente. Luego le trajeron aquí, donde tampoco se resignó, hasta que el tiempo pareció calmarle, aceptando su sino. Esta es la historia. Buena o mala, no hay más, y sólo Dios sabe la verdad, aunque las pruebas fueron condenatorias para Bing.

Sol, que había escuchado con atención el relato, preguntó:

—¿Heredó, en efecto, Barnes la hacienda de su sobrina?

—Claro. Era el heredero más directo que la infeliz muchacha poseía.

—Es una historia muy triste y muy extraña—comentó Sol distraído—. Sobre todo habiendo costado la vida a aquella desgraciada. En fin, pasan cosas muy raras en la vida y ésa parece una.

Como si el asunto hubiese muerto en interés para él, abonó el gasto y salió a la calle. El sol se hundía ya tras las siluetas de los montes lejanos y un halo dorado que flotaba en el ambiente irisaba el paisaje como un velo amarillo.

Sol montó a caballo y, orientándose, murmuró:

—Elkhorn me parece que me lo dejé atrás al venir para aquí. Sería muy interesante volver a él… Si el corazón no me engaña, allí van a suceder cosas sangrientas y me gustaría aclarar a fondo lo que sucedió en la sima. Si Bing está loco, para evitar que cometa una nueva locura, y si no lo está… para algo más sorprendente.

Capítulo II

SOL DA SEÑALES DE VIDA



LKHORN era una localidad situada junto al Little Sandy, entre los montes Atlantic Peak y Tabernacle Butte, y se asentaba en un llano rodeado de abundantes pastos salpicados de granjas y algunos ranchos que se amparaban en las estribaciones de las montañas.

Una parte de dichos pastos había sido destinada a las ovejas con gran disgusto de los ganaderos que no podían ver a esta clase de ganado por los destrozos que produce por donde pasa; pero, a pesar de este odio, las ovejas, alejadas de los ranchos, no se mezclaban con éstos y habían sucedido pocos lances desagradables a causa de la rivalidad entre ganaderos y ovejeros.

Barnes Parrish tenía su hacienda a milla y media del poblado, próxima al río. Una gran extensión de terreno cercado cobijaba un rebaño bastante crecido y sólo tenía como vecino a Bing, cuyos rediles, abandonados, se mostraban medio derruidos y sin nadie que cuidase de ellos.

Las ovejas de Bing habían sido vendidas en pública subasta a raíz de la prisión de su dueño y el terreno, devastado e inculto, se mostraba reseco y amarillento, cubierto a trecho de yuyo y ortigas que crecían a su albedrío.

No lejos del poblado, a la izquierda, se erguían imponentes y herméticas las cumbres de Tabernacle Butte, sesgadas por enormes simas, grandes cañones, desfiladeros tortuosos y enrevesados y cortadas profundas, propicias a amparar en sus entrañas a quien, huido de la justicia, pretendiese burlarla con tesón.

Sol llegó al poblado a la hora de mediodía y buscó una posada donde pernoctar. No eran muchas las que el lugar podía ofrecerle, pero entre las dos que había eligió la que le pareció más decente de aspecto.

El dueño tenía instalado junto a la posada una taberna, en la que, además de las consabidas bebidas, servía comidas

independientes del hospedaje, y sólo tras ajustar la pensión completa, decidió pasar a la taberna a refrescar un poco, pues el calor era excesivo.

Aquel día era sábado y, a dichas horas, el establecimiento se encontraba bastante concurrido, Muchos peones acababan de dar fin a la jornada semanal y se habían reunido allí para beber un rato y cambiar impresiones antes de retirarse a sus casas en busca de la comida del medio día.

Sol se sentó en una mesa escondida en un rincón y se dedicó a escuchar. El tema de la conversación era la fuga de Bing y había comentarios para todos los gustos.

—A Barnes le ha sentado la noticia como un tiro en la barriga—afirmaba uno—. He hablado con uno de sus ovejeros y dice que está furioso. Teme que Bing se le aparezca de un momento a otro para cumplir la amenaza que le hizo el día del juicio y ha tomado una serie de precauciones enormes. Nadie se puede acercar a la hacienda sin exponerse a recibir un tiro y me ha dicho que está organizando una partida de peones que se decidan a echarse al monte en busca del preso.

—Es lógico—afirmó otro—. Barnes es un cobarde. A mí se me figura que no tiene la conciencia tranquila.



...penetró en el establecimiento.

—¿Por qué?

—No sé, pero mostró un empeño feroz en acusar a Bing.

—No quiso admitir la posibilidad de que la muchacha hubiese sufrido un accidente. Se obstinó en achacarle la muerte de Helen.

—Si no hubiese aparecido su sombrero en la sima...

—Sí, pero... ¿no pudo ser arrojado allí para culparle de la muerte?

—Claro que pudo haber sucedido, pero eso era tanto como

culpar entonces de la muerte a Barnes… o a otro. Bing siempre fue un buen chico. El declaró que el sombrero lo perdió en los pastos de Barnes cuando éste le amenazó con pegarle un tiro.

—Algo tenía que decir para justificar el hallazgo…

Otro intervino para decir:

—No le deis vueltas. El castigo estuvo bien impuesto y hasta fue blando. Yo le oí decir un día que, Helen, o se casaba con él o no se casaba con nadie.

—No lo discutimos—afirmó un cuarto cliente—, pero Barnes no es hombre que pueda presumir de santo. Todos sabemos que es un egoísta y cómo ha tratado a mucha gente.

En aquel momento penetró en el establecimiento un individuo de torvo aspecto. Representaba unos cuarenta años, pero era recio como un búfalo y parecía hombre duro y agresivo.

Vestía una camisa roja, unos zahones de piel de carnero y unas altas botas de cuero. A la cintura lucía un magnífico revólver.

El recién llegado se quedó contemplando a todos con sus ojos duros y brillantes y un silencio sepulcral siguió a su presencia.

El individuo avanzó hacia el último que acababa de hablar, el cual se replegó hacia atrás con temor y, encarándose con él, gritó agresivo:

—Love, tienes la lengua muy larga y te la voy a picar para que no la uses a tontas y a locas. Tú no eres el más indicado para insinuar cosas ofensivas a mi patrón.

El aludido se puso rojizo y balbuceó:

—Edwin, nadie acusa a Barnes. Si he dicho que no es un santo y que es un egoísta, no he mentido. Muchos podemos dar fe de ello.

Edwin, furioso, se adelantó a él, gruñendo:

—¡Tú eres un perro sarnoso qua estás dolido porque te arrojó de su equipo por vago!

Love se irguió afirmando enérgico

—¡Eso es mentira! Me fui por lo que me fui. No me hagas hablar, que sería peor.

Edwin, el capataz de Barnes, saltó sobre él, gritando:

—No, no te haré hablar, porque te taparé la boca para siempre.

De un feroz puñetazo le obligó g sangrar como un cerdo. El agredido, sin armas para defenderse y físicamente más débil, rugió de dolor y llevándose las manos a la boca, gimió:

—¡Eres una bestia y un cobarde! Sólo te atreves con los que sabes que no están en condiciones de hacerte frente.

El capataz, furioso ante el insulto, aferró una dura banqueta y la elevó en el aire para dejarla caer sobre la cabeza de su interlocutor.

Un grito de espanto vibró en el local y los clientes se replegaron hacia atrás tapándose los ojos con las manos para no presenciar la brutal agresión; pero la banqueta no llegó a la cabeza del destinado, porque una mano poderosa la asió en el aire, arrancándola de un tirón brutal de la mano del capataz, obligándole a emitir un rugido de dolor.

Edwin se revolvió furioso, enfrentándose con Sol, quien, suave, pero fríamente, le dijo:

—Yo no haría eso, señor Edwin. Es de mal gusto atacar impunemente a los que no pueden defenderse.

El capataz, furioso, le miró salvajemente, diciendo:

—Usted no haría eso, claro que no, pero yo sí haría esto con los que se entrometen en lo que no les importa.

Con rapidez pasmosa estiró el puño y lo dejo caer sobre el rostro de Sol. Este trató de esquivar el puñetazo, lográndolo sólo a medias. La terrible zarpa de Edwin le rozó la oreja haciendo brotar sangre de ella.

Sol emitió un grito de furia salvaje y se transfiguró. Alargó el brazo asiendo a Edwin del cabello y, como si fuera una pluma, le arrastró en pos de él arrancándole aullidos de dolor. Furioso le arrojó al suelo, le clavó el tacón de la bota en la cara, le tomó por los pies y, como un guiñapo, lo arrojó contra la pared fronteriza, a unos cuatro metros de distancia.

El cuerpo de Edwin chocó contra la madera, astillándola, y el agredido cayó al suelo magullado y sangrando por cara y narices; pero, duro como el pedernal, no se dio por vencido. Desde el suelo, inclinado, llevó la mano al revólver que extrajo con destreza y disparó sobre Sol.

Este adivinó su intento y de un rápido salto se escudó tras una mesa volcada. La bala se clavó en el duro tablero, y, cuando Edwin repitió el disparo, una banqueta, lanzada corajudamente sobre él, dio de lleno en su brazo, obligándole a soltar el revólver.

Entonces Sol saltó de su escondite y, asiendo de nuevo al capataz, le administró tal paliza que le dejó derrengado en tierra, sin moverse.

—Eres un chacal indecente y sarnoso—afirmó «el Vengador»—. Sólo sirves para enfrentarte con hombres débiles y sin armas. Espero que esto te haga meditar un poco para el futuro. No sé si tu amo será de tu misma calaña, aunque me figuro que, cuando te tiene a su servicio, debe ser por eso; pero si he acertado, espero que nos volvamos a ver algún día de nuevo. Se han dicho muchas cosas en torno a Barnes y a Bing y me parece que habrá que aclararlas.

Dile a tu jefe que de eso me voy a encargar yo.

Tomó el cuerpo de Edwin, arrastrándole por el piso y de un voleo le lanzó a la calzada, dejándole revolcándose entre el polvo.

Todos habían asistido admirados a la feroz lucha, y el joven granjero que había recibido el puñetazo del capataz se adelantó a Sol, diciendo:

—Muchas gracias, forastero; se ha portado usted como un hombre de agallas, pero me temo que esto resulte contraproducente para todos. Edwin no es de los que perdonan, y su patrón, a pesar de lo que se diga, es un bicho malo. No quería hablar, pero puesto que las cosas se han puesto así y usted amenaza con tomar parte en el asunto, diré lo que tenía callado y no me atrevía a decir. Barnes me echó del equipo porque yo sabía que, cuando Bing fue acusado del robo de las ovejas de Parrish, algunas de las que aparecieron mezcladas en su rebaño habían sido contramarcadas por Edwin por orden o de acuerdo con Barnes. Los dos le odiaban. Barnes, porque hacia el amor a su sobrina y Edwin porque en cierta ocasión Bing le trató de forma parecida a la que usted le ha tratado hoy.

—Me alegro saberlo—dijo Sol—. Vengo de Rook Spring, donde me enteré de muchas cosas referentes a la fuga de Bing. Sospecho que, en realidad, éste tiene motivos para querer deshacerse de Barnes y he de averiguarlo. Si no tiene razón, prometo capturarle y devolverle a la cárcel para que cumpla su justa condena; pero, si no es así, le ayudaré a rehabilitarse y a poner las cosas en claro. Si no fue él quien mató a la muchacha, el que sea debe pagar su crimen.

Pasado el incidente, los grupos se deshicieron y cuando salieron a la calle ya no se hallaba en ella el capataz. Debió reunir fuerzas para abandonar aquellos lugares o encontrar a alguien que le ayudase a volver a la hacienda de su patrón.

Sol comió con buen apetito y, cuando llegó la noche, montó en «Stard» y se dirigió a las estribaciones del Tabernacle, seguro de que si en algún sitio cercano se hallaba escondido Bing, tenía que ser allí.

Sol ardía en deseos de poder localizar al fugitivo. La controversia que sobre su actuación en aquel dramático suceso se había entablado le inclinaba a su favor, ya que los antecedentes de ambos protagonistas podían servir para marcar distancias morales entre los dos; pero Sol sabía que no era fácil su propósito. Bing había huido armado de revólveres y sabía que todo el que rondase cerca de él sería un presunto enemigo con el que tendría que luchar si quería conservar su libertad.

Por esta causa había decidido internarse de noche en el monte.

AI amparo de las sombras le sería más fácil pasar desapercibido, y su sentido de orientación, su astucia y su práctica en las montañas eran factores que podia aprovechar para sorprender al fugitivo y ponerse en contacto con él.

Después, según la impresión que sacase de la entrevista, procedería. Era un guardador de la Ley y estaba obligado a cooperar para defenderla contra todo y contra todos.

Buscando los caminos menos broncos para el caballo, fue ganando terreno hacia adentro. El Tabernacle no era un monte fácil sino hosco y con pocos senderos, y debía avanzar con precaución para evitar que, en lugar de sorprender al huido, fuese sorprendido por él. Caminó durante más de dos horas por lugares sombríos y grandiosos, gracias a que «Stard» era un caballo excepcional, ducho en semejantes parajes y cuando estimó que ya se hallaba en sitio factible para desarrollar sus planes, decidió buscarse refugio donde pasar la noche.

Las sombras no eran propicias para una búsqueda como aquélla y debía aprovechar la luz del sol para un mayor y posible éxito en sus planes.

En una especie de trocha que se revolvía violentamente pegada a un farallón descubrió un enorme macizo de helechos y detrás una honda cavidad, y pasando el caballo al otro lado, se fabricó un lecho con hojas secas y la manta y se durmió tranquilamente

Cuando despertó, ya lucía el sol en un cielo de azul purísimo, y antes de emprender la marcha se preparó un desayuno a base de jamón crudo y torta de maíz.

No quería encender fuego para no provocar alarma y tuvo que renunciar a su pote de café y sus tostadas. Lentamente fue ascendiendo por aquella sinuosa senda hasta alcanzar una altura respetable.

Cuando el sendero murió ante los enormes taludes que le cortaban, registró los alrededores y tras mucho rebuscar encontró manera de poder escalar uno de ellos, no sin peligro de resbalar trágicamente; pero Sol pretendía dominar las alturas como observatorio y aquélla era la única manera de lograrlo.

Dejó el caballo al pie de un farallón, y con acrobáticos esfuerzos fue ascendiendo hasta que, jadeante y sudoroso, alcanzó la cima.

Al tender la vista en derredor quedó admirado del soberbio paisaje que se abría a sus pies.

Como un mar petrificado en olas monstruosas, así los picos de los pequeños montes que tenía debajo se entrelazaban unos con otros formando una cadena ondulante que se perdía en todas

direcciones. Únicamente las grandes simas, que se abrían monstruosas de trecho en trecho, cortaban la solución de continuidad. La vegetación era feraz. Pinos enanos aferrados a las laderas, helechos lujuriosos, matas de agudos espinos, maleza salvaje brotaba entre las grietas, en las cresterías y en los taludes de las simas, y no muy lejos, la cinta blanca y burbujeante de una cascada refulgía al sol, perdiéndose entre el esquisto.

Los peñascales, grises y rojizos, rebrillaban como bruñidos, batidos por la luz intensa, y alces salvajes saltaban elásticamente de peña en peña, mientras algunas águilas majestuosas cortaban el azul dorado, marcando su fugaz sombra sobre los dorados peñascales. No parecía que aquello fuese fácil de registrar. El monte era inmenso, su configuración y flora se prestaban al escondite, y Sol, ponderando la situación, se dijo que debía renunciar a la búsqueda y esperar por los alrededores de la hacienda de Barnes. Si Bing sentía el agobio de suprimir a su odiado enemigo, abandonaría su cubil para intentarlo, y entonces...

Al volver la cabeza hacia el Este, donde se hallaba el poblado, se envaró. Por un ancho desfiladero que se adentraba hacia el corazón del monte, acababa de descubrir un grupo de jinetes compuesto de una docena, y rápidamente se tiró sobre la planicie para evitar ser descubierto.

Desde allí podía observarles cómodamente y orientarse sobre su presencia en aquellos lugares.

El pelotón de jinetes cruzó en fila india el desfiladero y al final se desparramó por varias fisuras que se abrían entre los montículos. Uno de ellos trepó a lo alto de uno, y desde allí hizo indicaciones con la mano a sus compañeros, los cuales empezaron a filtrarse por las grietas formando un extenso semicírculo.

Sol, bastante alejado a la derecha, dominaba el grupo y trataba de reconocer a los jinetes sin conseguirlo.

No eran *cowboys*, a juzgar por la indumentaria, y sus zahones de carnero les denunciaban más como ovejeros que como vaqueros.

Uno de ellos, vestido de distinto modo, pues no usaba zahones sino chaqueta y pantalón de sarga, llamó su atención. Era un individuo de unos cincuenta y cinco años, pero sano y robusto, de estatura media y carnes fofas. Ocultaba el rostro con la ancha ala del sombrero y montaba a caballo con soltura.

El equipo—pues de un equipo debía tratarse—se desparramó. A trechos, desaparecía de la vista de Sol, pero, de vez en vez, por un claro o un espacio abierto, surgían las figuras con los rifles amartillados registrando el monte, y Sol dio en pensar si aquellos

hombres estarían buscando lo mismo que él.

Por un momento pensó que el anciano que parecía mandar el grupo fuese el *sheriff* que, cumpliendo su deber, buscaba al fugitivo; pero no le veía la insignia, ni sus hombres, por la uniformidad de sus vestidos, parecían ayudantes escogidos al azar.

De repente, se sobresaltó. Acababa de descubrir entre los rastreadores un individuo con la cabeza vendada que se movía con bastante dificultad entre los peñascales, y sus agudos ojos reconocieron en él al capataz de Barnes, a quien tan despiadadamente había tratado la tarde anterior en la taberna del poblado.

—¡Pero ese hombre debe ser de bronce! —murmuró— ¡Otro cualquiera hubiese tenido para quince días con la paliza que le administre! Habré de tenerle en cuenta como enemigo de cuidado.

Desde aquel momento no le cupo duda, alguna de que aquellos individuos buscaban a Bing. Barnes, en su terrible pánico, estaba dispuesto a salir en su busca antes de que Bing acudiese en la suya.

Ahora sus dudas eran mayores. Ya no era sólo Barnes quien ansiaba deshacerse del fugado, sino todo su equipo, y esto podia poseer varios significados. Ya la acusación del granjero sobre las ovejas remarcadas en los pastos de Bing era un indicio de que el asunto poseía ramificaciones, y, posiblemente, tanto el ovejero como su equipo, tenían miedo a una intervención libre y violenta del proscrito.

Sol se envaró. El ojeo que pretendía realizar solo se lo iban a facilitar aquellos individuos, y se aprovecharía de él siempre que no fuese descubierto antes. Si así sucedía, en este caso tendría que pelear contra ellos, cosa que de momento no le interesaba, aunque tampoco la rehuiría,

Y alerta, pegado al esquisto, les siguió con la mirada mientras avanzaban a través de los accidentes buscando las huellas del fugitivo.

Capítulo III

LE NECESITO MUERTO



A intensa luz del sol, iluminando los más oscuros recovecos del monte, permitía a King seguir con sus agudos ojos los movimientos de los ovejeros, que, diseminados como un rebaño de cabras por las trochas y pasos, ojeaban tenazmente desplegados a distancia para abarcar una gran extensión de terreno.

Poco a poco, se iban alejando y Sol temió perderles de vista, por lo que decidió descender de su observatorio y seguirles a retaguardia.

La suerte había hecho que se desplazasen a su izquierda, dejando un vano en el que se encontraba su caballo. De otra forma le hubiesen descubierto a él antes que al fugitivo.

Cuando alcanzó la parte llana tomó a «Stard» de las bridas y buscó para él un refugio entre los helechos, y una vez seguro de que sería difícil descubrirle, se lanzó, siguiendo las huellas de los ojeadores.

Estos debían conocer el monte, porque Sol iba encontrando rastros por donde él no se hubiese atrevido a internarse sin conocer a fondo la estructura de aquel laberinto y el detalle le dio que sospechar. Un ovejero, que sólo debe preocuparse del ganado en los pastos, no tiene motivo para conocer los recovecos de un macizo montañoso tan complicado, y se dio a pensar si aquel equipo no habría sido antes de cuatreros o abigeos, duchos en el arte de hacer desaparecer los hatajos precisamente por lugares difíciles de localizar. Esto aumentaba sus dudas y estaba deseando poderse poner en contacto con Bing para aclarar muchas cosas, sin las cuales no estaba seguro de poder seguir un buen camino en pro de la justicia.

Llevaba más de una hora siguiendo las huellas de los rastreadores, cuando el impresionante silencio que reinaba en las alturas se vio roto por el estampido de una seca detonación y un rugido de dolor vibró como un eco, al tiempo que una docena de

gritos rabiosos surgió por entre las cortadas.

Sol, que no alcanzaba a distinguir nada, pues se lo ocultaban los accidentes del terreno, echó un vistazo en derredor, y con ligereza de antílope se lanzó hacia un montículo desde el que quizá pudiese abarcar más paisaje que desde allí.

Mientras subía, llegaron a él claramente los rugidos de rabiosa alegría de los ovejeros gritándose unos a otros en órdenes confusas y algunos disparos sueltos que orientaron al «Vengador».

Cuando al fin alcanzó la cúspide y tendió la vista hacia abajo, descubrió, a sus pies, a una distancia de cien yardas, un grupo de ovejeros tumbados en tierra, con los rifles apoyados en el hombro enfocando una fisura. Cerca de ellos, yacía una silueta humana tumbada sin dar señales de vida, señal de que el primer disparo que había captado hizo blanco.

Indudablemente habían localizado el refugio de Bing, y éste, al saberse acosado, se decidió a defender su libertad a toda costa.

Los que aparecían más alejados se agruparon cerca del lugar donde se refugiaba el proscrito, y Barnes, a cubierto para no ser víctima de los disparos de su enemigo, gritaba.

—Edwin, rodear bien esa maldita madriguera. No le dejéis escapar. No quiero cuartel, ¡le necesito muerto!

La voz ronca del capataz, llevada por el aire, contestó:

—Descuide, patrón, que este coyote no ladrará más ni intentará morder a nadie.

Sol, después de orientarse, decidió descender y situarse a retaguardia de los acosadores. La orden, seca y mortal de Barnes, acabó de decidirle. Mucho miedo podía tener al evadido, pero si éste se entregaba y era restituido a la prisión, no constituía peligro para él.

Ordenar su muerte en cualquier caso, era suprimir un enemigo que dentro y fuera de una cárcel podía resultar peligroso.

Esto le decidió a intervenir. Si Bing era muerto, ya no sería fácil aclarar las cosas. Barnes justificada la muerte con una resistencia a entregarse y nadie podría acusarle de nada, pues habría servido a la causa de la Justicia.

Sin vacilar empuñó sus revólveres y, dando varios rodeos, buscó el estrecho paso por donde habían cruzado los ovejeros hasta situarse a su espalda.

Sin ser observado, avanzó. Los disparos se sucedían sin interrupción y las balas iban y venían a través de la fisura en un duelo terrible en el que el número terminaría por resultar vencedor.

Cuando mayor era el tiroteo Sol hizo su aparición y con voz

autoritaria, gritó:

—¡Alto el fuego!... ¡Quieto todo el mundo!

La inoportuna presencia de Sol cogió desprevenidos a los ovejeros, los cuales se volvieron con extrañeza, preguntando quién sería aquel individuo autoritario que intervenía en sus asuntos.

Pero Edwin, al reconocerle, hizo ademán de disparar sobre él, adelantándosele Sol, quien, de un disparo medido, hizo volar el revólver de su mano.

—Repórtese, Edwin—dijo—o la paliza de ahora será de muerte, ¡He dicho que todo el mundo quieto!

Barnes, que había asistido al duelo detrás de unos peñascos, avanzó echando lumbre por los ojos y encarándose con Sol, preguntó:

—¿Quién diablos es usted para meterse en lo que no le importa?

—Soy alguien que vela por la Ley. Vengo en busca de Bing y seré yo y no usted quien se haga cargo del prisionero.

—¿Por qué razón?

—Porque si debe pagar alguna culpa, será la verdadera Ley y no el rencor particular quien se la haga pagar.

Barnes, furioso, gritó:

—¡Nunca! El preso es mío y lo obtendré, Yo le he descubierto.

—Y yo también. ¿Acaso cree usted que le voy a dejar que le asesine por un interés suyo al margen de la Ley? ¡No lo sueñe, señor Barnes!

—¿Que no lo sueñe? ¿Cree usted acaso poder más solo que yo con doce hombres?

—No me obligue a demostrárselo, porque sería trágico para alguno. Me llamo Sol King y algunos me llaman «el Vengador». Si mi nombre le dice algo, repórtese y déjeme que me haga cargo del fugitivo. Si no le dice nada el nombre, o estima que es mejor ejecutar su propia ley, estoy dispuesto a aceptarlo.

Edwin, a quien Sol no perdía de vista mientras hablaba, rugió:

—¡No le haga caso, patrón! Ha venido solamente contra nosotros. Quiere salvar al preso para hacer su juego.

Barnes dudó un momento, y luego, dirigiéndose a Sol, exclamó:

—Le doy dos minutos para que busque su caballo y se largue. Si no lo hace, sentiré que tengan que enterrarle junto con su gran amigo Bing.



—¡Alto el fuego!... ¡Quieto todo el mundo!

—¿Sí? Pues haga cuenta que han pasado los dos minutos. ¡Me quedo!

Mientras hablaba, Sol se había apoyado en el saliente de una roca. Presumía lo que iba a suceder y buscaba la forma de ponerse a cubierto de un ataque tan numeroso como aquél.

Apenas había terminado de hablar, los ovejeros, a una, bajaron las armas para disparar contra él. Sol, de un salto, se escudó tras el peñasco contra el que se estrellaron los proyectiles, y sus dos enormes *colts* vomitaron a su vez el mortífero plomo.

Tres ovejeros cayeron a tierra revolcándose en sangre, y Barnes salió despedido del caballo al recibir éste un tiro en la cabeza, mientras el resto, asustado del efecto de su puntería, buscaban un refugio en los accidentes del terreno para poder disparar a cubierto contra tan formidable enemigo.

Este, escudado en la peña y tumbado en la tierra, atisbaba los movimientos de sus contrarios, y apenas alguno inició acercarse a su refugio, el ladrar mortífero de sus revólveres le alcanzó de lleno o le obligó a retroceder ante la seguridad de caer cosido a balazos.

Pero la situación era falsa para Sol. Tarde o temprano tendría que darse a ver para romper el círculo de fuego que le aprisionaba, y aún quedaban en pie más de la mitad de los ovejeros.

De súbito, a su izquierda, vibraron varios disparos seguidos de ayes de angustia, y una voz varonil y potente, gritó:

—¡Adelante, Sol, ayúdeme a barrer a esta lepra y le prometo entregarme a usted! Soy Bing.

Este, intrépido, había abandonado su seguro refugio, lanzándose al asalto de sus enemigos, y Sol, al saberse auxiliado, se expuso suicidamente abandonando la peña para atacarles por el flanco contrario.

Pronto el pánico se apoderó de los que quedaban en pie, y como ratas se filtraron por las fisuras de las rocas, desapareciendo del lugar de la pelea. Algunos de los heridos también se habían arrastrado lejos de la pequeña explanada, y sobre ella sólo quedaban tres cadáveres de otros tantos sitiadores.

Sol, para acabar de intimidarlos, fingió una enconada persecución avanzando un poco a través de algunas fisuras y disparando en ellas, y poco más tarde captaba el duro batir de los cascos de los caballos alejándose todo lo rápidamente que el terreno lo permitía.

Sol volvió al lugar de la refriega, y cuando llegó a él descubrió a un muchachote alto, recio, enjuto de carnes y flexible de cintura, pero de aspecto duro y voluntarioso. Era moreno, de ojos negros y luminosos y poseía una sonrisa firme, pero simpática, que atraía.

Se adelantó hacia Sol con la mano extendida, diciendo:

—Señor, oí sus palabras desde mi escondite y por ellas supe quién es usted. Estoy dispuesto o entregarme a usted si después de escucharme no me cree sincero y me niega su apoyo. Si como espero ve en mí una víctima propiciatoria de la más negra traición que imaginarse pueda, tendré mucho gusto en estrechar su mano.

Sol se adelantó, tomando la del joven, y dijo sencillamente:

—He venido exprofesamente a buscarle para hablar con usted. Llegué a Rook Spring cuando se acababa usted de fugar y allí supe toda la historia. Esta me intrigó y decidí intervenir en ella para poner en claro el asunto. Escúcheme bien; no soy hombre que se deje engañar fácilmente. Si es usted tan inocente como jura, tendrá en mí el apoyo preciso, pero si pretende engañarme y pongo en claro la verdad, no piense que escapará de mis manos. Le llevaré de nuevo a su prisión, vivo o muerto.

—De acuerdo. Ahí van mis armas. Ahora, cuando quiera, podemos hablar del asunto.

—Bien, primero vamos a ocuparnos de estas carroñas.

—Podemos arrojarlas a ese pozo y cubrirlas con piedras dijo Bing. No crea que se pierde nada con que los buitres se den un festín con ellos. Barnes sólo tiene a su servicio forajidos encubiertos. La lástima es que entre ellos no haya caído Edwin.

—Si merece caer, ya caerá, no se apure. Ayer le di una paliza de muerte por cobarde; hoy he podido matarle y me he limitado a

hacer saltar su revólver. La próxima vez que dispare sobre él no se levantará más del suelo.

Arrojaron los cadáveres al pozo y Sol obligó a Bing a seguirle. Estaba inquieto por su caballo y quería recogerle.

Por otra parte no le agradaba aquel lugar. Podían volver con refuerzos, y mientras no tuviese necesidad de exponerse, no quería hacerlo por *sport*.

Por fin localizó a «Stard» y buscando un nuevo refugio decidió acampar en él.

Bing habla llevado consigo su caballo, un hermoso ejemplar negro con las patas blancas, que se acreditaba como un animal duro y veloz, y Sol, indicándole, dijo;

—¿Ignora usted que en cualquier caso pueden colgarle por cuatrero?

—No, no lo ignoro, y tenía intención de devolvérselo a su dueño. Me hacía falta para huir y lo tomé. A fin de cuentas, estaba seguro de que volvería a Rook Spring para ser colgado y tanto me daba una acusación más o menos.

—¿Qué pensaba hacer, matar a Barnes?

—Sí, Me escapé con ese solo propósito.

—¿Cree usted que con eso hubiese salido ganando?

—No, Pero como consideraba perdida mi causa, no quería pudrirme en un presidio mientras él se reía de mí y gozaba de lo tan criminalmente robado, Al menos, me vengaría y moriría contento. No he nacido para pasar veinte años detrás de unas rejas.

—Bien, siéntese y hablemos. En cualquier caso no veo muy claro su asunto y no adivino cómo podrá demostrar que no fue usted quien mató a Helen.

—De eso se ha valido el muy canalla. Lo tenía todo muy bien estudiado y supo dar el golpe con certeza. (Es la víbora más grande que se arrastra por el Oeste).

Bing hizo un relato de los sucesos que difería muy poco de lo que ya había oído Sol. Este escuchaba atentamente y observaba de reojo al muchacho, estudiando sus reacciones y sopesando la sinceridad de sus palabras.

Cuando terminó de hablar, Sol preguntó:

—¿Qué hizo usted la tarde en que murió Helen?

—Dejé el hatajo a las cuatro y salí con intención de pasear por cerca de la hacienda a ver si veía a Helen y conseguía hablar con ella. Sabía que por las tardes paseaba un rato a caballo por la pradera y necesitaba verla a toda costa.

—Siendo ese su propósito y habiendo salido ella como de

costumbre, ¿qué sucedió para que no la viera?

—Pues algo muy sencillo. Cuando abandoné mis pastos, me pareció temprano y di un rodeo para aparecer por allí una hora más tarde, pero algo imprevisto me entretuvo sin querer y cuando llegué a la hacienda y la rondé no vi salir a Helen. Estuve por allí cerca de una hora y hasta vi llegar a Barnes con su capataz. Entonces decidí acercarme por donde Helen solía pasear, pero aunque recorrí mucho terreno no logré localizarla. No podía, porque, indudablemente, cuando yo llegué allí ya estaba en el fondo de la sima.

—¡Un momento! —exclamó Sol—. ¿Qué fue lo que le entretuvo para hacerle llegar tarde?

—Un accidente que no tuvo consecuencias por fortuna. A media milla de la hacienda de Barnes corre un arroyo bastante profundo, que en épocas de aluviones posee bastante caudal. Cuando cruzaba por los alrededores, dos muchachos, uno de unos nueve años y otro de unos doce, jugaban al borde del arroyo y se dedicaban a cazar mariposas con sus sombreros. Había bastantes y los muchachos, muy ágiles, las apresaban con facilidad. Una mariposa muy linda, con las alas verdes y escarlata, revoloteó siguiendo paralela el borde del arroyo, y el más chico, en competencia con el otro, corrió tras ella en el momento en que el mayor, en sentido diagonal, intentaba también apresarla. Los dos muchachos chocaron y el más pequeño cayó al arroyo, cuya corriente le arrastraba. El mayor empezó a gritar angustiado, viendo cómo su hermano—luego supe que eran hermanos—, sin saber nadar, se hundía entre la rápida corriente. Entonces lancé mi caballo al galope, adelantándome a él y pude sacarle cuando el infeliz había tragado mucha agua. Le tendí, le hice devolver el líquido y cuando se encontró mejor les obligué a abandonar aquellos lugares. Los muchachos se marcharon asustados y yo regresé para ir en busca de Helen.

—¿Quiénes eran los chiquillos?

—Pues no los conozco, Por algo que dijo el mayor sé que el caído se llamaba Jim y eran hijos de unos leñadores que tenían su choza dentro del bosque que existe bastante alejado del arroyo. No me preocupé de más.

—¿Hizo usted alegar eso en el juicio?

Bing le miró asombrado y repuso:

—¡No! ¿Qué podía servir el detalle?

—Quizá de mucho. Podía justificar la inversión de cierta cantidad de tiempo.

—Sí, pero nada hubiese adelantado. Fue cosa de una hora.

—¿Declaró usted que había visto a Barnes y Edwin regresar poco después?

—Si, y ellos se justificaron. Habían estado recogiendo unas ovejas descarriadas por detrás de sus pastos. No era ése el camino que traían, pero yo no pude demostrarlo.

—Bien. Me ha dado usted algunos informes interesantes... Ahora, otra cosa. Usted fue encarcelado por encontrarse en su hatajo reses remarcadas.

—Sí, señor; una noche, el *sheriff*, con Barnes, Edwin y algunos peones penetraron en mis pastos, acusándome de abigeo. Encontraron fácilmente una docena de ovejas remarcadas. Aquello fue muy burdo. ¿Qué hacía yo con una simple docena de ovejas entre mil? Pude haberlas matado para comérnoslas y no dejarlas allí para que fuesen descubiertas.

—¿No declaró nadie a su favor?

—¿Quién iba a hacerlo?

—Y, sin embargo, yo tengo el testimonio de un elemento del equipo de Barnes que ha declarado ante testigos que fue expulsado del rancho de Parrish porque había descubierto a Edwin contramarcando algunas ovejas: Debieron ser las que descubrieron en su hatajo.

—¡Por Judas! ¿Por qué no lo declaró?

—Debieron amenazarle. Luego le echaron del equipo. Era peligroso en él, y si ahora se ha decidido a hablar fue porque al acusar en público a Barnes de egoísta, Edwin le maltrató horriblemente. Yo intervine y fue cuando di la paliza al capataz.

—¡Oh! Ese testimonio podría servirme de mucho.

—Sí, y a su debido tiempo saldrá a luz. Ahora necesito averiguar otras muchas cosas. Tengo bastantes cabos para hacer una madeja y cuando la tenga trenzada voy a ver si se la ajusto al cuello a esos tipos. Una última pregunta: ¿quién vio cómo perdía usted el sombrero en los pastos de Barnes?

—Edwin. Cuando Parrish disparó sobre mí al huir acudió en ayuda de su patrón. Una de las veces que volví la cabeza le vi con el sombrero en la mano riendo como un loco al verme huir.

—¿Nadie más?

—No lo sé. Sólo le vi a él.

—Bien. Por hoy basta. Ahora tengo que ponerme a trabajar para aclarar algunas cosas muy interesantes, pero usted va a constituir un estorbo para mí.

—¿Por qué?

—Porque Barnes no se estará de brazos cruzados. Denunciará su

presencia en el monte, el *sheriff* enviará gente en su busca, darán batidas y le descubrirán. Si se defiende usted y mata o hiere a alguien habrá perdido toda la razón, si la tiene, y nada podré hacer por usted. Por otra parte me acusará de estar en contacto con usted y tendré jaleo por amparar a un proscrito. La situación es violenta.

—¿Qué puedo hacer entonces?

—Me interesaría que desapareciese usted de este lugar.

—¿Dónde?

Sol se quedó un momento dudando y luego dijo:

—Escuche. Voy a aclarar una cosa rápidamente. Esta noche salga de aquí por el lugar más alejado y dando un rodeo, espéreme al otro lado del arroyo, a la entrada del bosque. Ocúltese bien y cuando me vea salga a mi encuentro. Espero poder proporcionarle un refugio que nadie descubra.

Bing, que confiaba ciegamente en Sol, dijo:

—Le obedeceré a usted en todo. Sé que es usted un hombre honrado y confió mi causa a su talento y osadía. Váyase tranquilo, que nada haré sin su permiso y no trataré de escapar.

—Sería su condenación segura—advirtió Sol.

Y dejando al fugitivo, buscó la salida del monte para entregarse de lleno a sus pesquisas.

Capítulo IV

PRISION CONDICIONADA



RAS una jornada bastante dura, Sol consiguió, por fin, alcanzar las estribaciones del monte y ganar el polvoriento camino que conducía al poblado.

Iba taciturno y pensativo. Sus impresiones respecto a Bing eran optimistas; le creía un muchacho noble y sincero, pero su espíritu desconfiado le advertía que no debía entregarse de lleno a él sin hacer comprobaciones que le afianzasen en que sus sospechas eran ciertas.

Le había obligado a dar detalles inéditos y tenía que comprobarlos para juzgar de la sinceridad del proscrito.

Caminaba sumido en estas reflexiones cuando un grupo de jinetes, que avanzaba por el camino en sentido contrario, le envaró, obligándole a llevar la mano a la funda del revólver.

No sabía quiénes eran los jinetes y podía suceder que se tropezase de nuevo con los secuaces de Barnes.

Pero cuando avanzó un poco se tranquilizó. Los caballistas lucían al pecho la estrella de plata de ayudantes del *sheriff* y, sin recatarse, continuó cabalgando a su encuentro.

Al cruzar cerca del grupo uno de ellos le examinó atentamente, y luego, atravesando su caballo en la carretera, advirtió:

—Oiga, forastero: ¿Usted es el individuo que ayer tarde se peleó con Edwin en la taberna de «La Estrella»?

—Yo soy el individuo que administré una soberana paliza a ese cobarde en dicha posada. ¿Qué sucede?

—Tengo orden de buscarle y llevarle a presencia del *sheriff*.

—¿Por la azotaina que le di a ese puerco?

—No. El *sheriff* quiere hablar con usted de algo más serio.

—En ese caso, dígale que me hospedo en la posada que existe junto a la taberna. Allí puede verme.

El ayudante arrugó el entrecejo y repuso:

—Lo siento, forastero, pero el *sheriff* no hace visitas a domicilio.

Cita a la gente y ésta es la obligada a visitarle a él.

—Según los casos. Yo nada tengo pendiente con él.

—Eso lo aclara usted allí. Yo he recibido una orden y he de cumplirla. Creo que será mejor que nos acompañe.

Sol dudó un momento, pero comprendiendo que era peligroso hacer frente a quien ostentaba el signo de la autoridad, se resignó.

—Bien, vamos allá—dijo—, pero creo que le pediré a su jefe indemnización por daños y perjuicios. Mi tiempo vale mucho.

—Eso se lo cuenta usted a él.

Se dirigieron al poblado, deteniéndose ante las oficinas del *sheriff*. Este era un individuo alto y flexible, duro de facciones, recio de huesos y representaba unos cincuenta años.

Su ayudante hizo pasar a Sol delante de él y dijo:

—Señor Curley. Aquí tiene usted al forastero que buscaba.

—Está bien, muchacho. Te felicito. Dejarle aquí y regresar a seguir cumpliendo mis órdenes.



—Me llamo Sol King y...

Indicó a Sol una silla frente a él y mirándole fijamente, exclamó:

—¿Podría usted decirme qué hace en este pueblo y cuál es su misión en él?

—Podría decirle eso y muchas cosas, pero me lo reservo. Antes espero que me diga usted el objeto de su llamada.

—Es muy justo, pero si usted contestase antes a mi pregunta, quizá nos entendiésemos mejor.

—Lo dudo. En todo caso, nunca será tarde. Hable usted.

—Bien, puesto que se niega, le diré que le llamo para acusarle de estar en contacto con Bing Delaware, escapado de la prisión de Rook Spring y que en lugar de cumplir su deber de ciudadano le ha ayudado usted a evadir el ser apresado y devuelto a su prisión.

—¿Quién me acusa de eso?

—Quien ha intentado capturarle y no pudo lograrlo por su intervención. Aún más, tengo que acusarle de la muerte de tres honrados habitantes del lugar, que intentaron la captura.

—Bien, si es esa su versión, voy a darle a usted la mía. En efecto, he impedido que Barnes Parrish y su cuadrilla de ovejeros capturasen al preso, no por protegerle contra la Ley, sino para evitar un crimen vergonzoso y vengativo. Barnes, delante de mí, dio orden de no capturarle con vida. Sólo le interesaba muerto, aunque estuviese dispuesto a entregarse.

—¿Podia usted probármelo?

—Puedo probar muchas cosas y las probaré. Precisamente porque esa es mi idea, tuve que luchar con ellos para impedir que asesinasen a Bing. Les rogué que me dejasen capturarle y yo le entregaría, y no sólo se negaron sino que dispararon contra mí. Eran doce y tuve que defenderme.

—No son esas mis noticias. Me han dicho que requirió usted la ayuda de ese proscrito y que entre los dos atacaron al equipo de Barnes diezmándolo.

—En parte, es cierto. Bing, al verme en peligro por intentar salvar su vida, me ayudó contra tanto enemigo. Entre los dos logramos alejarles.

—Bien. Quiero aceptar su explicación. ¿Y el preso?

—Goza de perfecta salud, se lo aseguro.

—Pregunto dónde está. Supongo que cumplido el deber de defender su vida, se habrá apresurado a apresarle para hacer entrega de él.

—Pues no, no lo he hecho así.

—¿Por qué razón?

—Porque estoy convencido de que es inocente y voy a intentar demostrarlo.

—A mucho se compromete usted, pero aun en el caso de que así sea, mientras es un condenado, un fugitivo, su deber es el de entregarle.

—No lo ignoro, pero yo administro justicia a mi albedrio. Por si supone usted que sea un fuera de la Ley le diré mi nombre, cosa que ignora en este momento todo el pueblo. Me llamo Sol King y por

sobrenombre «el Vengador»; muchos indeseables saben de mí más que hubiesen deseado y siempre luché por el bien contra el mal. Ahora espero me diga usted de qué lado se inclina para saber a qué atenerme respecto a usted.

El *sheriff*, a quien el nombre de Sol había impresionado, replicó:

—Escuche, su nombre, me es familiar. He oído hablar mucho de usted y esto basta para saber que no es un indeseable; pero sepa a su vez que si en su vida ha tropezado con *sheriffs* sin escrúpulos, yo no soy de ésos. El asunto de Bing escapa a mi jurisdicción en lo que afecta a las causas de su proceso. Son los Tribunales los que deben investigar la razón o sinrazón de su condena. Sólo sé que se ha escapado de una cárcel y que debe volver a ella. Si alguien le ayuda a ocultarse, con arreglo a la Ley, es un encubridor.

—Magnifico discurso, *sheriff*, pero no me conmueve. Tengo datos que me hacen sospechar que Bing es inocente y voy a intentar comprobarlo. Mientras tanto, no entregaré al preso a su encierro.

—Hará usted mal. Eso no le impide trabajar en favor de su rehabilitación. En cambio, si le deja suelto puede cometer más delitos. Se sabe que desea matar a Barnes y yo debo evitarlo.

—Ya lo he impedido hoy. Bing me ha prometido no hacer nada mientras esté bajo mi protección.

—¿Tanto dominio ha logrado ejercer sobre él?

—Mucho, y ahora escúcheme. Hay unos datos fácilmente comprobables. Si los contrasto, las cosas pueden cambiar mucho; por eso no quiero entregarle hasta que sepa la verdad.

Y contó al *sheriff* todo lo que Bing le había dicho.

—Sí—dijo el *sheriff* perplejo—eso podía hacer cambiar mucho el aspecto del pleito; pero… mi deber es mi deber. Usted sabe dónde está Bing y no le puedo dejar libre mientras no me lo entregue. Quiero evitar que, en cualquier momento, cambie de idea y haga algo punible.

—¿No le doy a usted la garantía de que no?

—¿Y al contrario? ¿Lo ha pensado usted bien? Si realmente Barnes tiene miedo de que las cosas se compliquen tratará por todos los medios de eliminar a Bing, y éste se verá obligado a defenderse, agravando su situación con un nuevo delito. Hoy es un proscrito y todo ciudadano tiene derecho a detenerle o intentarlo.

Sol, comprendiendo los razonamientos del *sheriff*, dudó un momento y por fin, tomando una resolución, dijo:

—Bien, le ofrezco una fórmula y no voy más allá en ella. Le prometo traerle a Bing y ponerlo bajo su custodia, pero usted me ha de prometer ocultar que lo guarda y no hacer entrega de él hasta

que yo haya hecho las gestiones precisas para averiguar la verdad,

El *sheriff* también dudó, pero, al fin, contestó:

—De acuerdo. Le doy ocho días de plazo. Si pasado este no ha conseguido usted nada, lo devolveré a Rook Spring.

—De acuerdo. Esta noche, a altas horas, se lo traeré. Antes no puedo.

—Le espero con él—replicó el *sheriff* dando por concluida la entrevista.

Sol abandonó las oficinas bastante preocupado. La cosa se complicaba, e iba a tener que trabajar mucho para conseguir su objeto en tan breve tiempo.

La tarde estaba algo avanzada y, dándose prisa, buscó el arroyo y le cruzó, alcanzando el bosque que se extendía ancho y profundo en una larga extensión.

Se internó por él al azar sin saber hacia dónde dirigirse. Ignoraba si los leñadores continuaban habitando allí y el sitio aproximado donde podrían tener su choza.

Llevaba recorriendo la zona arbórea más de media hora, cuando gritos y risas infantiles atrajeron su atención y, orientándose por ellas, alcanzó un claro en el que se elevaba una cabaña bastante espaciosa.

Dos mozalbetes, de diez y doce años, corrían detrás de un perro que se burlaba de ellos, y una mujeruca, de unos treinta años, sentada a la puerta de la choza, distraía el ocio remendando unos pantalones.

Sol detuvo el caballo y solicitó un poco de agua. La mujer se levantó y pasó al interior saliendo poco después con una jarra de barro.

Después de beber, Sol comentó:

—Preciosa pareja de hijos tiene usted, señora. Son muy guapos.

Lo eran en efecto y la mujer se sintió halagada.

—No son feos—dijo—, se parecen más a su padre que a mí. Mi Robert es todo un hombre. Son guapos, pero muy revoltosos. Sobre todo Jim, el pequeño, es muy travieso. No les dejo salir de aquí por temor a que les suceda algo grave.

—Si, tiene usted razón. Por aquí cerca hay un arroyo profundo y podían caer a él.

—No me hable usted de eso, que aún no se me ha ido el susto de lo que sucedió el año pasado. Cazando mariposas junto al arroyo, cierta tarde, Jim cayó al agua y estuvo a punto de ahogarse; gracias a la intervención de un joven que paseaba por allí no se ahogó.

—Sí que estuvo oportuno el paseante. El sitio no parece muy

frecuentado.

—No lo es, y por eso su intervención fue providencial. Lo que sentí fue no poder darle las gracias. Sacó al chico del agua y obligó a los dos a volver a casa. El mayor me contó todo llorando.

—¿Recuerda usted exactamente cuándo sucedió eso?

—Pues claro que sí. Coincidió que aquel día era mi cumpleaños y les di permiso para corretear por el bosque antes de merendar. Fue exactamente el 12 de junio sobre las cinco de la tarde.

La seguridad de la declaración agradó a Sol. Aquel era un testimonio importante y preguntó:

—Dígame, señora; si el joven que salvó a su hijo de la muerte necesitase que usted declarase eso tan exactamente, ¿tendría inconveniente en declararlo?

—¿Por qué? Si lo precisa, me tiene a su disposición.

—Muchas gracias. Vine a eso precisamente. Ese joven está acusado de algo que no cometió y fijar lo que hacía ese día y a esa hora es muy importante. Como sus hijos le reconocerían al verle, si es preciso su testimonio, vendré a buscarla.

—Y yo iré con gusto donde sea. De todos modos, dele las gracias, aunque tarde, en mi nombre. Quien hace eso no puede ser un mal muchacho.

Sol se retiró muy contento del bosque. Había comprobado justamente algo que no había puesto en duda y esto le animaba a continuar sus pesquisas.

Ahora contaba en favor de Bing con el testimonio del ovejero que vio a Edwin contramarcar las ovejas para culpar al joven del robo, hacerle prender e influir cerca de Helen para que ésta rechazase a Bing por estimar que moralmente no era digno de su amor.

También contaba con aquel testimonio favorable al ovejero para fijar sus pasos la tarde del crimen. Quizá no sirviese de mucho, pero era otro dato o su favor.

En cambio le iba a ser más difícil constatar de dónde regresaba a aquella hora Barnes y su capataz, y sobre todo, la cuestión del sombrero. Edwin no declararía jamás que era cierto que Bing perdió el sombrero en la huida, porque hubiese sido tanto como anular el único testimonio en que el Jurado se apoyara para condenarle por el crimen.

Pero Sol no se arredraba por esto. Algún día cazaría a Edwin a su gusto y le obligaría a cantar aquello y algunas cosas más que tendrían que dar mucho juego al suceso.

Terminada su gestión, nada le quedaba por hacer de momento

hasta reunirse con Bing a la hora convenida, y como faltaba mucho tiempo para la reunión decidió pasearse por las afueras del poblado para hacer tiempo. Presumía que podrían estarle buscando los secuaces de Barnes y no quería darse a ver hasta dejar a Bing seguro.

Ahora le agradaba la proposición del *sheriff*. El muchacho estaría seguro durante ocho días, y por otra parte, no tenía que cuidarse de él ni temer una reacción que agravase su pena.

Era casi media noche cuando, desde el límite del bosque donde se había ocultado, distinguió un jinete que, surgiendo inopinadamente por entre los árboles, bordeaba con precaución la línea de éstos.

Sol le reconoció a la luz de la luna y llamó:

—¡Bing!

—Aquí estoy, Sol…

Se reunió con él. «El Vengador» preguntó:

—¿Nada anormal?

—Nada. Salí por la parte posterior y he dado un rodeo enorme para ganar el bosque más de tres millas al Norte. Estoy seguro de que nadie me ha visto.

Sol le hizo internase entre los árboles y dijo:

—Escuche, Bing. Estoy seguro de poder hacer mucho por usted. Tanto que casi puedo asegurarle que no tardando mucho demostraré su inocencia.

El joven le tomó una mano, preguntando anhelante:

—¿No me engaña usted, Sol?

—No. He hecho gestiones sobre el asunto del muchacho que salvó usted del arroyo y ha quedado comprobada su coartada. La madre del chico no sólo recuerda el hecho, sino la fecha y la hora. Coincidió que aquel día era su cumpleaños y había dado permiso a sus hijos para corretear por el bosque. Está muy agradecida a usted y sintió no conocerle para darle las gracias.

—Me alegro de ello, no por lo que pueda servir a mi favor, sino para demostrarle, que no le mentí.

—Bien, creo que serviría para mucho. Eso, junto a otras pruebas, acarreará muchos disgustos a Barnes. Ahora quiero preguntarle una cosa. ¿Confía usted ciegamente en mí?

—Se lo juro.

—En ese caso habrá de obedecerme sin resistencia. Ahora mismo va a venir conmigo a las oficinas del *sheriff*.

Bing dio dos pasos hacia atrás, pero Sol, advirtió:

—Escuche, y no se alarme. El *sheriff* me ha hecho buscar

acusándome de encubrirle. Como autoridad, tiene el deber de perseguirle y apresarle sin meterse en si es usted inocente o no. Discutí con él, le hice ver detalles que le favorecen y pueden variar mucho las cosas y se mostró propicio a ayudarme pasivamente, pero a condición de retenerle en su poder.

—¡Pero eso no puede ser! Me enviaría nuevamente a la prisión y ni me vengaría ni...

—Escúcheme con calma. Esta retención será extraoficial durante ocho días. En ese tiempo será usted su huésped y no hará entrega de usted ni dará parte de su detención. Es el plazo que le he pedido para demostrar su inocencia.

—¿Qué más le da dejarme libre? Yo he dado palabra...

—No. Teme que puedan suceder dos cosas. Una, que usted cometa algún disparate que agravaría su situación, y otra, que le puedan localizar y capturarle o matarle y, en el mejor de los casos, que usted salve el pellejo, pero a costa de nuevas víctimas que le perjudicarían... De esta forma le buscarán en vano. Usted no hará ningún disparate y yo podré trabajar con las manos sueltas.

—Pero si pasan ocho días y no...

—No creo que pasen, pero no olvide que hay la obligación de perseguirle y lo harían hasta capturarle como rebelde. En este caso no existiría rebeldía, pues usted se habría presentado voluntariamente y le eximiría de ese agravante. Por si faltara algo, está usted acusado de cuatrero. Yo puedo devolver el caballo sin peligro para usted y borrar esa acusación. Comprenda las cosas y acéptelas como mal menor.

Bing dudaba. Tenía confianza en Sol, pero no hasta el punto de creer en un triunfo suyo rotundo e inmediato, y así como no le importaba morir antes que pasar veinte años en una cárcel, no quería hacerlo sin suprimir al causante de su ruina moral y material.

Sol se esforzó en hacerle ver la ventaja de sus proposiciones, y Bing, acosado, terminó por decir:

—Bien, no quiero que me crean un loco que sólo pretendo matar a Barnes por venganza, sin motivo. Acepto y le acompañaré, pero si usted fracasa y no se puede demostrar mi inocencia... ¡No le respondo de lo que haga pasado ese plazo!

—De acuerdo. Yo tampoco le exijo nada. Allá el *sheriff* que propuso la fórmula, aunque estoy seguro de que sucederán muchas cosas favorables para usted.

Ambos, buscando lugares extraviados y sombríos, alcanzaron el pueblo para acercarse a las oficinas. Iban con los revólveres

empuñados por temor a una sorpresa que no llegó a realizarse.

Cuando entraron en las oficinas, el *sheriff* les esperaba. Curly se levantó y, acercándose a Bing, dijo:

—Celebro que el sentido común le haya hecho aceptar mis puntos de vista. Le prometo que aquí será usted un huésped y no un preso; pero durante el día le tendré encerrado para que nadie sepa que está usted aquí, y cuando cierre mis oficinas, será usted un amigo con el que alternaré gustoso.

—Muchas gracias, señor Curly. Esto me hace creer que no me juzga usted el criminal que a gente se ha obstinado en hacer de mí.

—Por lo menos, durante ocho días no me acordaré que es usted un fugado de la cárcel. No le puedo prometer más.

—Gracias. Confió en Sol. Si él no logra demostrar mi inocencia…

Había tal desesperación en su semblante, que Sol se adelantó, diciendo:

—Si me fuera materialmente imposible demostrarla y tuviese la convicción moral de que el autor fue Barnes, o su capataz, o los dos, usted volverá a la cárcel, pero yo le juro que esos dos irán a pudrirse bajo tierra a mis manos. No es el primer indeseable que escapó a los textos de la Justicia por hábil, pero pagó con la vida sus crímenes que no podían quedar impunes.

Y con esta solemne promesa que escandalizó al *sheriff*, pero contra la que nada pudo hacer, «el Vengador» abandonó las oficinas para dirigirse a su posada. De la mano llevaba las riendas del caballo de Lewis para devolvérselo a su dueño.

No era su idea devolverlo personalmente, sino dejarle abandonado en el interior de Rook Spring para que alguien lo recogiese y se lo entregase a su dueño.

Capítulo V

BARNES FALLA VARIOS GOLPES



N silencio impresionante reinaba en los alrededores de la posada cuando Sol llegó a ella.

Después de echar un vistazo en derredor y convencerse de que, al parecer, nadie rondaba por los alrededores, se dirigió a las cuadras y dejó en ellas a «Stard» y el caballo de Lewis. Luego dio la vuelta y se encaminó a sus habitaciones.

Atravesó el porche y el ancho zaguán que servía de vestíbulo sin encontrar a nadie y ascendió al piso superior, donde tenía su estancia. Era esta un reducido cuadrado bastante modesto, con una pequeña ventana a la fachada trasera de la casa.

Un débil quinqué alumbraba el pasillo solitario y silencioso. Los pocos huéspedes dormían tranquilamente y la posada parecía desierta.

Empujó la puerta buscando los fósforos, pero súbitamente se envaró. Dos fríos cañones de revólver se habían apoyado en su pecho de forma amenazadora, mientras una voz, que reconoció al punto, ordenó fríamente:

—No haga tonterías y levante las manos. Seis onzas de plomo en el vientre son muy pesadas de digerir.

Sol obedeció con rapidez. Se sabía en difícil posición y no quería dar pretexto a que disparasen sobre él.

La voz ya conocida—la de Edwin—ordenó:

—Encender ese quinqué. Tenemos que hablar este amable protector de proscritos y yo.

Sol captó el roce del fósforo contra la madera y poco después la débil llama rojiza del quinqué, apoyado sobre una repisa de madera clavada en la pared, alumbraba la escena.

Edwin se hallaba acompañado por otros tres individuos del equipo. El capataz había tomado bien sus precauciones y no se confió ni a la sorpresa ni a sus propias fuerzas.

Despojado rápidamente de sus revólveres y registrado por si

ocultaba alguna otra arma, le empujaron hacia el lecho donde le obligaron a sentarse, y Edwin, sonriendo ferozmente, advirtió:

—Me has juzgado muy mal, amiguito. Creíste que porque me habías sorprendido en la taberna yo era un enemigo despreciable, y a tu costa vas a convencerte de lo contrario. Aún tengo los huesos machacados de los feroces golpes que recibí y la cara inflamada, pero espero que sepas por propia experiencia lo que duele un trato como el que tú me diste.

Sol le miró con desprecio, diciendo:

—Yo te castigué como un hombre, solo y cara a cara. No necesité tres ayudantes para darte lo tuyo.

—Bien, de eso ya hablaremos. Mis ayudantes tienen una misión y yo tengo otra. Ahora vamos a hablar de Bing.

—Creo que vamos a hablar de muchas cosas—afirmó Sol sin perder la serenidad—. Estáis jugando con fuego y sabéis que, las llamas os llegan a la carne y eso os hace perder los estribos.

—Tonterías—afirmó Edwin un poco nervioso—. No jugamos más que a favor de la Ley. Bing se ha escapado, tú le has ayudado a burlar nuestra persecución y, aún más, le proteges ocultándole. Ahora mismo me vas a decir dónde le tienes oculto.

—Está donde estaba. Comprenderás que no me lo he guardado en una manga como los prestidigitadores; búscale si tienes agallas para ello y captúrale.

—¡Mentira! —rugió Edwin—. Hemos vuelto a su refugio y ya había volado.

—Pues búscale en las nubes entre las águilas. Si tiene alas, andará por allí.

—Bueno, si tienes ganas de bromas, peor para ti. Necesito saber dónde está escondido y me lo vas a decir.

—Lo dificulto. En este momento sé lo mismo que tú.

Edwin, furioso, le aplicó a la frente el cañón del revólver, rugiendo:

—O me lo dices o te salto la tapa de los sesos.

—Prueba. No por eso conseguirás que te diga lo que ignoro. Dejé a Bing después de vuestro ataque y me aseguró que pensaba desaparecer de aquí.

—¡Y yo me lo voy a creer! ¡Si no sabré que ha venido a quitarnos de en medio a mi patrón y a mí!

—Sus motivos tendrá.

—¡Ninguno!,.. ¡Miente si afirma otra cosa! Él fue el que mató a la pobre Helen.

Sol aprovechó el momento para lanzar una saeta al aire.

—¿Sí? ¿Cómo puedes justificar tú y tu amo que no veníais del lado de la sima aquella tarde sobre las cinco?

Edwin palideció y, zarandeando a Sol, furioso, rugió:

—¿Qué sabes tú de eso, sapo indecente?

—Yo nada, pero Bing, mucho. Estáis creídos que se ha escapado sólo para daros muerte y jugarse la cabeza por ello, y estáis equivocados. Bing sabe muchas cosas que preso no podia demostrar. Se ha tomado la libertad para demostrarlas, y entre ellas que alguien os vio camino de la sima esa tarde y regresar de ella.

Edwin se puso lívido, miró a Sol con ojos de loco y dándole un puñetazo en la boca, rugió:

—¡Calla, alimaña!... ¡No nos vio nadie, mentira!... ¡Eso es un falso testimonio y me lo cobraré en sangre con Bing, contigo y con quien le proteja!

En aquel momento hizo su aparición en la estancia un quinto personaje. Era otro miembro del equipo, el cual hizo una seña a Edwin.

Este, sin perder de vista a Sol, rugió:

—Habla y di lo que sea, no seas idiota.

—Pues sólo vengo a decirte que este tipo ha metido en la cuadra, con su caballo, el que robó Bing en Rook Spring. Si lo quieres ver...

El capataz, con aire triunfal, se volvió hacia Sol, gritando:

—¿Con que no, sabias de él y te has traído su caballo? ¡Habla o por el infierno que te abraso a tiros!

«El Vengador» buscó una salida y replicó:

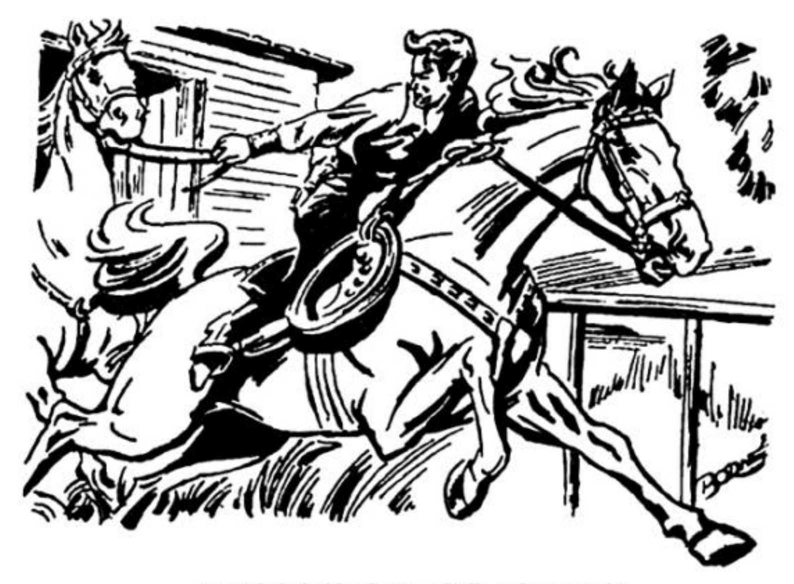
—En efecto, me he traído su caballo. Lo tengo conmigo todo el día. Me rogó que lo devolviera a su dueño, pues él tenía otros planes y le estorbaba el caballo. Si lo dudas, en la silla encontrarás unas letras escritas por Bing, en las que devuelve el caballo afirmando que lo tomó prestado y que lo devuelve.

El capataz, furioso, se dirigió a sus hombres, diciendo:

—James, ve a la cuadra y busca en la silla ese papel. Tómalo y lo guardas. Tú, Ernest, sal a la calle y vigila a ver si hay alguien. Vosotros dos ayudarme a atar a este coyote. Le voy a llevar donde cantará claro o se quedará allí para siempre.

Sol comprendió que el momento trágico había llegado. Mientras estuviese en la posada, no se atreverían a cometer contra él ningún acto de violencia por las consecuencias que podría acarrearles, pero si le llevaban a lugar descampado, sin que nadie se enterase que había caído en sus manos, podían desaparecer sin que nadie les acusase con pruebas. Un caso análogo al de la muerte de la infeliz

Helen.



...tomó de la brida al otro caballo y desapareció...

Si algo podía hacer para intentar salvar su vida tendría que aprovechar aquellos instantes de libertad relativa. Un escándalo podía acarrearle algún tiro, pero pondría en movimiento a los huéspedes de la posada, los cuales serían testigos del intento de rapto, y aun sabiendo que en la desesperación de Edwin se exponía a un trágico peligro no dudó en arrostrarlo como mal menor.

El capataz le ordenó ponerse en pie colocándose enfrente con el revólver apuntando a su pecho, mientras los dos ovejeros que quedaban en la estancia, armados de cuerdas habían enfundado sus armas para poder maniobrar mejor al atarle.

Era el momento más feliz que podía aprovechar. Sólo tenía en frente el revólver de Edwin y si podía eliminarle, su fuerza, su astucia y su velocidad acaso le facilitasen una victoria que, aunque problemática, no renunciaba a ella.

De pie, a metro y medio de Edwin que le miraba a los ojos con fijeza, calculó la distancia justa que separaba la punta de su gruesa bota de la mano del capataz, y cuando sus enemigos se inclinaban para tomarle las manos y atárselas, flexionó el pie vivamente y con precisión matemática, pegó en la mano de Edwin, lanzando el revólver al techo y obligando a que lo disparara al recibir el golpe.

Inmediatamente, con una rapidez de relámpago, se volvió descargando su puño sobre el rostro de uno de los ovejeros, dando

un terrible puntapié al otro en una espinilla que casi se la fracturó, obligándole a arrojarse al suelo lanzando gritos de dolor, para inmediatamente ponerse en guardia al recibir sobre él la recia humanidad del capataz.

Este creyó que podía reducirle arrojándose sobre él, pero Sol tuvo tiempo de aplicarle el pie en el estómago brutalmente, y luego el puño en la cara al doblarse hacia atrás, y así, cuando el que había recibido el puñetazo trataba de sacar el revólver, Sol caía sobre él arrebatándoselo sañudamente y aplicándole el cañón en la cabeza de manera feroz.

Fue algo desarrollado con tal rapidez, audacia y seguridad, que en pocos segundos el preso se vio dueño de la situación. Se lanzó como una fiera sobre el revólver de Edwin, caído en el suelo, aprisionándole en su mano y a patadas detuvo en tierra al que había recibido el golpe en la espinilla y aún conservaba su arma.

Con un grito de aviso, le obligó a estarse quieto y, cubriendo a los tres con el revólver, dijo:

—Bien, mis amigos, vamos a empezar a divertirnos. ¡Rápidos!; cara a la pared los tres, o hago fuego.

Dominando sus dolores, se incorporaron lanzando terribles juramentos y obedecieron. Sol se acercó al que conservaba el revólver y se lo arrancó del cinto; luego retrocedió de espaldas hasta la puerta con el revólver empuñado, mientras se buscaba la llave de la habitación en el bolsillo.

Una vez hallada la introdujo en la cerradura, y de un salto alcanzó el pasillo, dando vuelta a la llave y dejando dentro a los tres vencidos.

En aquel momento entraba en el pasillo el ovejero que salió a vigilar la calle. Desde el ángulo, hizo fuego sobre Sol sin alcanzarle por un verdadero milagro, pero «el Vengador», rápido y seguro, contestó, y el ovejero, emitiendo un rugido, soltó el revólver y desapareció del pasillo.

Los tres encerrados daban golpes furiosos sobre la puerta, intentando derribarla; pero ésta era más sólida de lo que parecía y resistía sus embestidas.

Sol se apresuró a descender. Los disparos habían alarmado al posadero y a los pocos huéspedes que salían asustados de sus dormitorios; pero Sol, ganando la calle, corrió al cobertizo donde se encontraban los caballos, sorprendiendo al último enemigo cuando trataba de sacarlos de allí.

Disparó sobre él sin querer herirle, hasta obligarle a huir aterrado al enfrentarse con Sol, a quien creía sólidamente

amarrado, y montando en «Stard», tomó de la brida al otro caballo y desapareció rápidamente del lugar de la pelea, sonriendo inefablemente.

El golpe había sido teatral. Sabía por experiencia lo peligroso que era acercarse a un enemigo con el revólver a metro y medio. Una patada fulminante sorprendía siempre por lo imprevista, y en más de una ocasión había practicado el golpe sin sufrir contratiempo alguno.

A todo galope se dirigió a las oficinas del *sheriff*. Era el sitio donde menos debían suponer que se dirigiría y tenía necesidad de informar a Curly de lo sucedido como una prueba más del pánico de Barnes y del miedo que habían tomado a una investigación a fondo en sus actividades durante el trágico día de la muerte de Helen.

Curly se hallaba acostado ya, pero, a los golpes en la puerta, se levantó, recibiendo asombrado a Sol.

Este le rogó que diese asilo a los caballos en su corraliza y le hizo un relato de lo sucedido, asistiendo a él Bing, a quien Sol hizo comparecer.

El joven comentó:

—Creo que está usted sembrando la cizaña en sus pechos. Van a cometer muchas tonterías y debe guardarse. Si acaban con usted, mi causa estará perdida.

—No lo crea—dijo el *sheriff*—. Aún estoy yo aquí y van a tener que hablar mucho conmigo. Ahora mismo voy...

Sol le detuvo diciendo:

—No haga nada. Déjeles que sean ellos los que muevan los peones. Es preferible que sepa usted las cosas por ellos para ver cómo las cuentan.

Sol durmió en las oficinas y al siguiente día, bastante temprano, el *sheriff* recibió una visita que no esperaba.

Se trataba del propio Barnes. Este era un tipo de unos cincuenta años, grueso, de estatura media, tardo de ademanes, con el pelo gris, los ojos muy abultados y de un mirar frio y el rostro sanguinolento.

Curly fingió gran asombro por la visita, aunque le había visto llegar a caballo a través de la ventana, y el ovejero, secándose el sudor de la frente, se sentó junto a la mesa diciendo:

—Señor Curly, lamento tener que venir a molestarle en persona; pero sucesos graves que hay que castigar e incluso prever me obligan a ello.

Curly, fingiendo afectación, repuso:

—No sé a qué se refiere usted.

—Pues se lo diré. Como usted no ignora, de la cárcel de Rook Spring se ha escapado Bing Delaware, que hace un año fue condenado a veinte de prisión por el incalificable asesinato de mi sobrina Helen.

—No lo ignoro, señor Barnes—replicó el *sheriff*—, y en este momento tengo varios de mis ayudantes dando batidas por los montes en su busca.

—Bien, suponía que no se cruzaría de brazos, mucho más sabiendo que Bing lo que busca es asesinarme para completar su cuadro de venganza; pero permítame decirle que sus ayudantes ni son eficientes ni van bien orientados en la búsqueda.

—¿Acaso sabe usted dónde se esconde?

—Tanto como eso, no. Le diré que le había localizado como le informó mi capataz y que no pude capturarle porque lo impidió ese forastero dudoso que intervino a su favor, oponiéndose al cumplimiento de la Ley.

—En efecto—dijo el *sheriff* midiendo las palabras—. Su capataz me informó del caso y yo hice buscar al forastero y le obligué a comparecer ante mí.

—¿Y le ha dejado usted escapar?—preguntó rabioso Barnes.

—En efecto, le he dejado «marchar», porque, según declaró, él no se había opuesto a que Bing fuese detenido, pero sí a que, cumpliendo órdenes de usted, no se le concediese el derecho a entregarse vivo. Usted ordenó no darle cuartel y capturarle muerto y se opuso a semejante medida.

Barnes palideció de ira y rugió:

—¡Ese forastero es un impostor que está al lado de los forajidos! Yo di orden de que muerto o vivo fuese capturado. Esto era legal, pero él se puso de parte de Bing y entre los dos causaron tres muertes en mi equipo y varios heridos.

—Sí, me confesó que así había sido: pero me mostró huellas del ataque que había sufrido por oponerse a la muerte de Bing. Tenía agujereado el traje y el sombrero por varios sitios. Obró en legítima defensa.

—Eso es lo que él cuenta, pero miente. Defendió a Bing, nos obligó a abandonar su captura y ayudó al fugado a evadirse de nuevo.

—¿Puede probarlo?

—Sí. Mis hombres le han espiado y anoche le descubrieron con el caballo que Bing robó al huir de la cárcel. Trataron de detenerle y me ha causado varias bajas muy sensibles. Espero que este detalle le aclare que ese indeseable está a favor del proscrito.

Curly, fríamente, se levantó diciendo:

—Señor Barnes, veo que se toma usted mucho interés por el preso y que en su ardor se olvida de que el *sheriff* soy yo y el que está obligado a detener a la gente soy yo también. Usted ha debido quedarse en su rancho dejándome a mí la dirección del asunto y a estas horas Bing estaría detenido o muerto. Su intromisión particular ha quebrado mis planes, suplantando mi autoridad. Yo sé lo que ha hecho ese forastero y no le he perdido de vista. En efecto, anoche poseía el caballo y yo no lo ignoraba. Lo encontró al volver en busca de Bing para entregármelo. El caballo tenía una nota del propio Bing rogando que, al que lo encontrara, lo devolviese a su dueño, y como ese forastero iba u Rook Spring se lo confié para su devolución. Si ustedes, sin autoridad, le han atacado, no ha hecho más que lo que debía defendiéndose de quien carece de autoridad para detener a nadie.

Barnes, rojo como una grana, se levantó, gritando:

—¿Quiere decirse que está usted de su parte?

—Quiere decirse que estoy de parte de la Justicia, pero para cumplirla yo, que soy su representante.

—Yo soy un ciudadano que tengo el deber de...

—El deber de estarse quieto y no complicar mis planes. Usted es un interesado en el pleito y cuanto más haga usted por complicarlo, más se complica la vida. Parece como si temiera usted que se pudiese mover con desahogo para justificar su inocencia, si es cierto que es inocente como jura.

—¿Cómo? —rugió Barnes—: ¿Es que usted también duda y se pone de parte de ese criminal?

—Ni dudo ni dejo de dudar. Eso no es misión mía. Mi misión es detenerle y le detendré, pero sin consentir que nadie se meta por medio y cometa desmanes que nadie autoriza. Usted 1c quiere muerto y yo le quiero vivo.

—¡Eso es, y mientras tanto que campe por sus respetos y que cumpla sus amenazas de darme muerte!

—Métase en su hacienda y no salga de ella hasta que Bing esté detenido. Si es tan inconsciente que intenta cometer algún acto de violencia contra usted, tendrá que atacar su casa y a usted le sobra gente para repelerle. Entonces, si comete semejante locura, y usted, en defensa propia, le mata en sus pastos, nadie podrá culparle de exceso de atribuciones.

Barnes, que se habla tornado lívido, exclamó:

—Bien, veo que tiene usted unas ideas muy particulares respecto al deber de los ciudadanos. No importa. Le dejo la responsabilidad

del caso, pero si, como estoy seguro, intenta algo contra mí…

—Entonces, pídame auxilio o defiéndase lógicamente, que nadie le censurará por eso.

—Pues no hablemos más. Presiento que van a ocurrir sucesos muy trágicos y yo le he advertido.

—Conforme. Asumo la responsabilidad de lo que suceda.

El ovejero, furioso, abandonó las oficinas. Adivinaba que algo trágico se iba tejiendo en derredor suyo y una inquietud mortal se estaba apoderando de él.

Capítulo VI

UN HALLAZGO Y UNA EMBOSCADA



AUSÓ cierta satisfacción a Sol, que había captado toda la conversación detrás de una puerta, la repulsa sufrida por Barnes en su visita al *sheriff*. Adivinó que el ovejero se marchaba muy preocupado y esta preocupación, unida a otras que le iban mordiendo, debería obligarles a romper su guardia y a cometer algún acto que acabara de ponerle en evidencia.

—Le ha puesto usted en guardia, pero creo que ha sido conveniente—dijo Sol a Curly—, Con esto no se llamará a engaño.

—Creo que no; pero yo tenía que cubrirme antes de que me acusase de lenidades y de indiferencia. Le he advertido que la autoridad soy yo y esto le hará pensar un poco en lo que hace.

Después de comentar los sucesos, Curly preguntó:

—¿Cuál es su plan ahora, Sol? Le confieso que veo muy difícil el asunto.

—No es nada fácil, pero... A propósito: ¿dónde está la sima donde fue descubierto el cuerpo de la muchacha?

—A cosa de una milla fuera del pueblo.

—Quisiera visitarla.

—¿Qué espera usted descubrir allí al cabo de un año?

—Nada concretamente, pero si estudiar el terreno, las posibilidades de un accidente, la forma en que pudo ser atacada la muchacha... no sé, algo.

—Pues, si quiere, le puedo acompañar.

—Se lo agradecería. No es para mis nervios permanecer quieto cuando tantas cosas reclaman mis actividades.

El *sheriff* le hizo salir por la parte trasera de las oficinas para no ser vistos y, buscando los lugares menos frecuentados, salieron del poblado.

Tras atravesar una pequeña extensión de pradera abrasada por el sol, enfilaron un sendero bordeado por árboles frondosos y copudos que lo sombreaban, y ascendiendo la pina cuesta,

alcanzaron la planicie, en la que un pequeño bosque se desarrollaba hacia la derecha.

El camino, conforme se dilataba, iba bordeando un terreno accidentado. Las cortadas se iban profundizando entre una maraña de maleza y pinos enanos que se aferraban a los taludes, y poco después se hallaban sobre una inmensa plataforma, a cuyos pies la tierra hundida formaba un laberinto caprichoso e impresionable de simas, pozos, trochas y arroyos, que se perdían entre los peñascales dibujando un paisaje extraño y fascinador.

El sheriff avanzó por la senda bordeada de peñascales, y al llegar a determinado lugar, se detuvo diciendo:

—He aquí el lugar donde se desarrolló el drama. Poco más o menos, allí abajo fue donde mis ayudantes consiguieron descubrir el cadáver.

Sol, impresionado, se asomó al abismo. La planicie, cortada, no verticalmente sino con cierta inclinación, formaba una sima de más de treinta metros de fondo. Este, cubierto de cantiles, musgo, helechos y espinos, parecía un enorme pozo verde que acaso ocultase un mayor fondo entre su cortina.

La pared, un poco inclinada hacia afuera, presentaba también una maraña espesa de arbustos y no permitía a nadie, por osado que fuese, descender por allí.

Sol, después de un corto examen, preguntó:

—¿Por dónde consiguieron descender al fondo?

—Más abajo el talud forma un corte transversal muy pronunciado, pero los mismos accidentes de la trocha permiten, no sin exposición, descender. Véalo.

Retrocedió unos veinte metros y le mostró el corte.

Era una erosión que partía el talud en sentido diagonal, adentrándose hacia el fondo.

Sol, decidido, se aproximó a la cortada, diciendo:

—Si no tiene prisa, espéreme, voy a echar un vistazo allí abajo. Si tiene algo que hacer, váyase.

—No, le esperaré; pero creo que se va a exponer usted tontamente.

—Quizá, pero este ejercicio no es nuevo para mí. Lo domino bastante bien y por donde hayan bajado otros soy yo capaz de bajar.

Tanteando el terreno, empezó a descender. La tierra se desmoronaba al poner el pie a causa de su sequedad y Sol tenía que afianzarse mucho antes de continuar, Al iniciarse el descenso, exclamó:

—Vuélvase al punto donde cayó la muchacha para que me sirva de guía y no me desoriente. Yo le llamaré desde abajo para situarme en esa misma línea.

El *sheriff* no acertaba a comprender la idea de Sol, pero, obedeciendo, se adelantó al sitio marcado.

Con el cuerpo inclinado sobre la sima seguía con ojos ansiosos el descenso de «el Vengador». Este parecía un extraño animal abriéndose paso entre la maleza, y poco a poco iba desapareciendo en la profundidad, bastante visible a causa de que el sol en lo alto enviaba sus rayos casi verticalmente.

Sol tardó más de media hora en alcanzar el fondo. Este, áspero y repelente, se hallaba poblado de alimañas que huían asustadas al verse interrumpidas en su pesado sueño.

Sol levantó la vista y preguntó a gritos:

—Curly, ¿me ve?

—Sí.

—¿Fue aquí?

—Un poco más a su derecha. Córrase un par de metros.

Sol obedeció y luego se dedicó a registrar minuciosamente la maraña de arbustos.

Fue una búsqueda de media hora que no dio resultado alguno. No buscaba nada determinado, pero había abrigado la esperanza de encontrar algo perteneciente a la muchacha que hubiese podido quedar oculto cuando la extrajeron.

Desesperanzado, volvió a levantar la vista examinando el talud. Este presentaba algunos salientes y grandes matojos de helechos colgando de la pared.

Aprovechó algunos accidentes para ascender dos o tres metros sin objeto determinado, hasta que se vio detenido en la ascensión y, desencantado, decidió volver hacia abajo y abandonar la sima.

Pero al echar una última mirada hacia arriba divisó colgando entre los helechos un objeto de un color oscuro que daba la sensación de un pequeño reptil colgando, e intrigado trató de alcanzarle, pero en vano. El objeto se hallaba a un metro del alcance de su mano, y no renunciando a examinarlo, tomó varias piedras y las arrojó contra los helechos, hasta que una acertó a dar en sitio vulnerable y el objeto se desprendió cayendo hacia abajo.

Sol descendió en busca de él, y cuando lo tuvo en sus manos sintió albergar cierta esperanza en su pecho. Se trataba de un pequeño látigo de cuero, muy sucio por la acción del tiempo, pero en buen uso.

Poseía un mango de unos veinte centímetros trenzado con cintas

de cuero y una lámina delgada de piel servía de látigo.

A toda prisa volvió a ascender, no sin sentir la fatiga de tal maniobra, y cuando se reunió con el *sheriff*, éste preguntó;

—¿Qué?...

—No sé, Curly. He encontrado algo, pero Dios sabe a quién pertenecerá.

Mostró el látigo que había ocultado a su espalda y el *sheriff* lo examinó. Luego, denunciando un agudo nerviosismo al hablar, afirmó;

—Apostaría mi estrella contra diez años de cárcel a que este látigo pertenece a Edwin. Siempre llevaba uno igual...

—¿Está usted seguro?—preguntó Sol con anhelo.

—Ya le digo que poseía uno igual. Puede ser suyo.

Sol meditó y dijo:

—Yo también apostaría a que es suyo, y si lo es... Edwin va a tener que emplear muy sólidos argumentos para justificar el hallazgo.

El *sheriff*, a caballo junto a Sol, iba meditando. El encuentro abría un enorme campo de posibilidades y, después de reflexionar, dijo:

—¿Se da usted cuenta de lo que eso puede significar?

—¡Sí, y me alegro que haya estado usted presente en el registro! Esto puede representar la horca para Edwin, pero también para Barnes.

—Justamente. El sombrero condenó a Bing; el látigo puede condenar a Edwin.

—Con más razón. Bing ha justificado cómo perdió su cobertura; sólo falta obligar al capataz a que confiese que, en efecto, la perdió en los pastos y esto... esto me voy a encargar yo de obligarle a declararlo.

—¿Cómo?

—Ya se lo diré. De momento, vamos a esperar a ver qué intentan. No pueden quedar de brazos cruzados. Bing suelto es para ellos un peligro. Yo también lo soy y...

El estampido de una detonación vibró a su derecha y un proyectil se llevó el sombrero de Sol como arrancado por una mano invisible. El joven, rápido como una centella, se lanzó a tierra del caballo y Curly le imitó, quedando ambos pegados al suelo y con los revólveres empuñados, prontos a la defensa.

Sus ojos recorrieron el paisaje. A su izquierda, a unos treinta metros, se erguían unos cantiles que, como producto de un cataclismo, se amontonaban en confusión deslizándose

sinuosamente hacia ahajo al lado contrario de donde ellos se encontraban.

Sol murmuró;

—¿Cree usted fácil poder llegar allí?

—No. Lo conozco bien y tendríamos que avanzar a pecho descubierto. Sólo por la parte central se pueden escalar, pues, a los lados, los cantiles, de un tamaño enorme, son inaccesibles.

—En ese caso, creo inútil avanzar. Si lo hacemos y están apostados entre ellos, nos coserán a tiros, y si no están...

—Habrán tenido tiempo de huir y ocultarse. Eso es un laberinto.

—En ese caso retrocedamos para ponernos a salvo. Esta baza la ganan nuestros enemigos, pero en el fondo, la pierden. Han debido espiarnos porque nos temen y quizá se hayan asustado de nuestra visita a la sima. Ya le dije que cometerían muchas imprudencias para irse apretando la soga al cuello.

Retrocedieron, arrastrándose, hasta que se pusieron fuera de tiro. Los caballos, Llamados por ellos, les habían seguido, y cuando se consideraron a salvo, montaron de nuevo, galopando hacia el pueblo.



...jugó una partida de pocker con el sheriff...

Curly iba sombrío y rabioso, pero Sol sonreía complacido. Las cosas se iban poniendo bien y sus enemigos, perdido el control de sus nervios, ya no razonaban ni hacían nada a derechas.

De todas formas, tenía que estar muy alerta. Las hostilidades

estaban rotas y el más leve descuido podia costarle la vida.

Ahora le sabían en combinación con el *sheriff*, y esto les movería a actuar con más rapidez.

Cuando llegaron a las oficinas, Curly preguntó:

—¿Qué opina usted que debemos hacer ahora? Ignoro quién es el que ha disparado contra usted, pero juraría que no pudo ser más que Edwin.

—Y yo también; pero sin pruebas no podemos acusarle. Se me ocurre algo para hacerle cantar.

—¿Qué es ello?

—Cítele usted para que venga aquí.

—¿Usted cree que por eso le obligaré a que confiese lo que para él sería su condena?

—No. Usted se limita a citarle. Pongamos esta tarde a las siete. Lo demás corre de mi cuenta.

—¿Qué pretende usted?

—Apoderarme de él y llevarle conmigo a dar una vuelta junto a la sima a la luz de la luna. Quizá aquel lugar de noche tenga para él recuerdos que hagan saltar sus nervios y provocarle al terror.

—Pero yo no puedo hacer eso legalmente.

—¿Usted qué sabe lo que yo voy a hacer? Usted le cita; si viene, puede preguntarle lo que le parezca y sobre lo que le parezca, sin despertar sospechas, y si no llega a sus oficinas, nadie está libre de tener un tropiezo en el camino. Nosotros hemos estado a punto de sufrir uno que nos envía a la tumba.

Curly, convencido por las razones de Sol, decidió enviar a un muchacho a la hacienda de Barnes para que conminase a Edwin a que acudiese a sus oficinas a las siete, mientras Sol buscaba un lugar estratégico para salir al paso del capataz.

Pero sus planes se vieron frustrados. Edwin debió recelar algo, porque el muchacho regresó diciendo:

—El señor Edwin me ha contestado que lo siente mucho, pero que no puede acudir a su llamada. Anoche se torció un pie y no puede andar. Por eso no acude, pero dice que si es algo urgente, que vaya usted a la hacienda y que tendrá mucho gusto en hablar con usted.

El *sheriff* se resignó. El capataz no era tonto y se había buscado una coartada. La simulada torcedura acreditaba que no podía andar y, por tanto, no se le podía acusar del atentado contra Sol.

Este se cansó de esperar por los alrededores de los pastos y cuando se convenció de que Edwin no abandonaba la hacienda, regresó a las oficinas del *sheriff*, donde éste le dio cuenta de la

contestación.

—No es tonto ese tipo—afirmó Sol—. Bien, que se apunte el tanto del éxito. Seguramente recibirá una visita, pero no será la de usted.

—No cometa imprudencias, Sol—advirtió Curly—. Aquello es una madriguera llena de víboras y no saldría usted vivo de ella.

—¡Bah! Cosas más difíciles he hecho en mi vida. De todas formas, tengo que madurar el plan. Les dejaremos respirar unas horas. Mañana habré hecho mi composición de lugar y sabré a qué atenerme.

Aquella noche decidió no salir de las oficinas. Pasada la hora normal, jugó una partida de póker con el *sheriff* y Bing, y cerca de las once se fueron los tres a dormir.

La cosa no parecía presentar mal cariz y podían permitirse el lujo de esperar sin consumir sus nervios, mientras Barnes y los suyos perdían el control de los propios.

Sol no tenía sueño. Sus nervios en tensión le hacían vibrar de impaciencia, preguntándose cómo podría tender una trampa a aquel par de sujetos escurridizos para hacerles caer en ella y obligarles a delatarse. Les suponía estrechamente unidos. Si Edwin había sido el autor de la muerte de Helen, no podía haberlo realizado por cuenta propia, sino por arden de Barnes, previo buen pago, pero en cualquiera de los casos, el ovejero era el autor moral de aquel repugnante crimen.

Llevaba media hora en el lecho cuando dominado por una sensación de malestar decidió levantarse.

El aire puro de la noche le templaría un poco y, sin previa notificación de sus propósitos, atravesó el pasillo en silencio, salió a la corraliza, levantó la tranca de la pesada puerta y, montando en «Stard», se alejó de las oficinas.

La noche clara y serena habla refrescado un poco. El aíre suave era acariciante, soplaba cargado de efluvios campestres y Sol sentía su caricia bienhechora, gozando de ella con fruición.

Cabalgando al azar y sin prisa se encontró cerca de la posesión de Barnes. Esta se alzaba rodeada de una empalizada que encerraba la finca y la huerta, y lejos, los pastos guardaban sus hatajos independientes de la propiedad.

Una luz en una de las ventanas bajas le atrajo como un faro y, después de un momento de duda, tomó una resolución.

Trabó su caballo en un sombrajo de árboles y deslizándose por la senda, avanzó hasta el cercado.

Un silencio impresionante reinaba en torno a él y el audaz

aventurero, sin pararse a reflexionar en el posible peligro, buscó el sitio más adecuado para saltar el obstáculo y cayó dentro de la huerta que rodeaba la construcción,

Arrastrándose como los reptiles para evitar proyectar su sombra en la tierra, avanzó hasta alcanzar la fachada y situarse debajo de la ventana, que entreabierta a causa del calor, dejaba percibir un rumor de voces que llegaban hasta él muy confusamente.

La ventana se hallaba situada a un nivel más alto que su cabeza, y esto le impedía poder observar lo que había en el interior. Rabioso por el contratiempo, se apartó buscando algo que le sirviese de escabel, hasta que descubrió un pedrusco de unos veinticinco centímetros de altura que podía surtir muy bien el efecto apetecido.

Lo trasladó bajo la ventana, y subido en él, procurando no introducirse en el vano de luz, echó un vistazo desde uno de los lados.

Desde allí descubrió una especie de despacho del que sólo abarcaba parte de una mesa y una alacena adosada a la pared. También pudo descubrir a medias, la silueta de Barnes, en mangas de camisa y con la negra pipa entre sus recios dientes.

Ahora captó algunas palabras legibles, y otra voz que al punto reconoció como la de Edwin.

Con el oído atento escuchó. Edwin hablaba y al parecer trataba de convencer a su patrón de algo a lo que éste se resistía.

Capítulo VII

EL CADAVER DESAPARECIDO



OR su aspecto, con ira reconcentrada y un acento ronco que indicaba su furor y su miedo, el capataz decía:

—No hay otra solución, señor Barnes. Ese tipo puede ser nuestra ruina.

—Creo que te has asustado sin motivo justificado, Edwin.

—No, patrón. Usted sabe que no estoy tranquilo desde que «el Vengador» ha metido la nariz en el asunto. Sé de lo que es capaz y por eso no me he dormido en vigilarle. Ya le dije que debía estar de acuerdo con Curly y por eso no perdí de vista las oficinas. Mis sospechas estaban justificadas y por eso los dos marcharon a la sima.

—¿A qué? Al cabo de un año…

—Usted olvida que pasé un rato muy malo cuando descubrieron el cadáver de su sobrina. En la lucha había perdido mi látigo que cayó al fondo. Debió quedar enganchado en algún sitio y por eso no le encontraron. Yo he estado dos veces allí registrándolo todo y no le pude localizar…

—Entonces…

—Pero, ¿quién dice que no le encuentren en una búsqueda más afortunada?

—Ya te habrían venido a prender.

—¿Es tarde? ¿Para qué me llamaría hoy Curly?

—No sé, pero de haberlo encontrado, no se hubiese limitado a llamarte.

—Lo que siento es haber marrado el tiro de esta tarde tan estúpidamente. ¡Si le hubiese acertado!

—Te hubiesen acusado de ser el autor de su muerte.

—No. Tenía la coartada. El pie inflamado no me ha permitido salir de aquí. Usted lo sabe.

—Sí, claro. Lo que no veo bien es tu proyecto…

—No sea usted obtuso. Piense que se juega más que yo. Bing es

un peligro para todos. Hay que devolverle a la cárcel y ocuparse sólo de Sol. De esta manera obligaremos al *sheriff* a que haga algo para prenderle.

—Es muy expuesto lo que propones.

—Es sencillísimo. Claudio es un elemento dudoso. Si dan en apretar a nuestros hombres será el único que se decida a cantar. De esta forma le suprimimos como peligro y agravamos la situación de Bing cargándole el asesinato. Piénselo bien, y si no le parece deme el dinero prometido y hoy mismo me largo de aquí a la frontera. Usted puede correr la suerte que quiera, pero yo no.

—Está bien, Edwin. Haz lo que quieras. De todos modos, estoy viendo el asunto algo oscuro y no sé por qué me parece que vamos a tener que ser los dos los que nos larguemos. ¡Malditos estúpidos los de Rook Spring! ¡Si no hubiesen dejado escapar a Bing, nada de esto se había producido!

—Así es; pero ahora lo que hay que pensar es en defenderse. Nuestras cabezas valen mucho para perderlas sin luchar por ellas.

—Bien, haz lo que quieras.

—Pues ahora mismo lo hare. Verá que sencillo es, sobre todo ahora que nuestro equipo está en los pastos y nadie puede saber la verdad más que nosotros. Si sale bien, será un golpe para Bing y para su maldito defensor.

Sol, adivinando que Edwin iba a salir, se apresuró a descender de la piedra y cargando con ella buscó un refugio. En un extremo de la huerta descubrió una alta pila de maderos y se escondió tras ella, aguardando con curiosidad.

Adivinaba que algo trágico se iba a desarrollar, pero no acertaba a suponer qué era. Alguien estaba en peligro de muerte, pero nada le decía en la forma en que se iba a desarrollar el crimen.

Con angustiosa impaciencia, esperó. Nada podía hacer, porque nada sabía de lo que aquel ser odioso y falaz proyectaba y solamente podía mantenerse a la expectativa para intervenir, si le era posible, en el momento crítico.

Desde su escondite vio cruzar a Edwin por la huerta con dirección a uno de los pabellones adosados al otro extremo. Debían estar destinados a cobertizo de los peones y la realidad se lo confirmó más tarde. Diez minutos después un rumor de voces que se aproximaba le puso en guardia. Las voces se acercaron y el capataz, seguido de uno de los ovejeros, que debía hallarse durmiendo en el cobertizo, cruzó cerca de la fachada de la casa, dirigiéndose a la cerca.

Se detuvieron en el ángulo de la finca mirando al sendero

cortado por la cerca y la voz de Edwin, arrastrada por el viento, llegó a oídos de Sol bastante clara.

—Escucha—decía el capataz—como sé que eres el que más presume de puntería, le he elegido entre todos para una misión que requiere serenidad y dominio del revólver. Como tú sabes, Bing está dispuesto a matar al patrón y tenemos ciertos indicios de que no tardando mucho intente asaltar la finca. Debe rondar los pastos para asegurarse que nuestros hombres están allí y decidirse a la empresa con el menor riesgo posible. No nos pillará descuidados. El patrón y yo velamos en lugares estratégicos, pero toda precaución es poca. Necesito alguien seguro de pulso que nos ayude, y por eso he contado contigo.

—Bueno, Edwin, ya sabes que tiro bien. No lo pondrás en duda.

—No; pero no es igual disparar de noche que disparar de día. La luz de la luna engaña mucho y quiero estar seguro de tu puntería. Vamos a verlo.

Se acercó a la cerca, colocó un matojo de hierba en la juntura de dos tablas y midiendo la distancia con la mirada, preguntó:

—¿Te atreverías a hacer blanco en ese matojo desde aquí?

—Claro que sí.

—Prueba.

El ovejero extrajo el arma y casi sin fijar la puntería disparó. La bala se clavó en la cerca, a dos centímetros del matojo.

—No está mal—comentó Edwin—pero has marrado algo.

—¿Es que si se hubiese tratado de un hombre no le iba a haber acertado? El blanco era muy chico.

—No obstante haremos otra prueba. Voy a cambiar el blanco donde dé mejor la luz.

Lo corrió un metro y ordenó:

—¡Ahora!

El ovejero disparó. El matojo se deshizo, quedando algunas briznas clavadas con la bala en la madera.

—¡Perfectamente!—dijo Edwin. Ahora me has convencido.

Sol asomaba la cabeza, intrigado. No acertaba a comprender la maniobra del astuto capataz y esperaba con los nervios en tensión el final de aquella extraña pantomima.

Edwin se adelantó con el revólver empuñado y dijo:

—Ahora te voy a demostrar cómo yo también sé tirar, a pesar de la poca luz, sin que me falle el pulso.

Súbitamente, cuando se hallaba a tres pasos del ovejero, levantó la mano y disparó de modo fulminante sobre él.

El infeliz, ajeno a la añagaza mortal, intentó elevar el brazo para

replicar; pero el arma se escapó de sus dedos y, emitiendo un ronco quejido, cayó a tierra, donde quedó agitándose, convulsivamente.

Una mancha rojiza, que se extendía de manera alarmante, manchaba su camisa gris, y Edwin, inclinándose sobre él, gruñó:

—Cinco minutos te quedan de vida, Claudio. Te lo has ganado por cobarde. Sé que al menor asomo de peligro nos hubieses denunciado a todos y nuestras vidas valen por cien tuyas, pero muérete tranquilo, que para la gente habrás muerto como un héroe, defendiendo la vida de tu patrón amenazada por Bing, Tu disparaste sobre él cuando intentaba saltar la cerca como lo demostrará tu revólver descargado y esas dos balas clavadas en la cerca y él disparó sobre ti, alcanzándote. No dirás que no te he preparado una muerte apoteósica.

Y, riendo siniestramente, se dirigió a la ventana donde la repulsiva silueta de Barnes se asomaba ansiosamente.

—Salga, patrón, todo salió perfectamente.

Barnes salió a la huerta y Edwin dijo:

—Ahora, para completar la escena, vamos a disparar usted y yo unos cuantos disparos sobre la cerca procurando clavar las balas en ella. También voy a meter un proyectil por la ventana de su despacho para justificar que disparó contra nosotros y algunos otros en la pared. Vamos, que la cosa urge.

Los dos rufianes dispararon sus armas en la forma indicada por Edwin. El cristal de la ventana del despacho saltó hecho añicos y varias balas más quedaron clavadas en la cerca y la pared.

Cuando todo estuvo terminado, Edwin dijo:

—Ahora toma usted el caballo y se larga a las oficinas del *sheriff*, obligándole a levantarse. Le dice usted que hemos sido atacados por Bing, que nos hemos defendido y que el fugado mató a uno de nuestros hombres, cuyo cadáver puede encontrar en la huerta. Yo iré a mi habitación a vendarme el pie y me quedaré allí esperando.

—¿Y después qué?

—Que Curly tendrá que movilizar todos sus ayudantes para buscar a Bing, y que cuando le localicen no podrá defenderse contra esta acusación. Si Sol le protege y Curly lo sabe, le exigiré la entrega del preso, pues el *sheriff* no es hombre que deje que jueguen con él.

—Pero queda Sol.

—De ese me ocuparé yo cuando pase la visita de Curly. Por otra parte, este crimen de Bing le hará dudar y quizá se enfríen sus ánimos para protegerle. Hay que terminar con los dos antes que terminen con nosotros.

Barnes, convencido, se dirigió en unión de su capataz al edificio y poco después el caballo del ovejero era sacado del cobertizo y, con su dueño a la grupa, abandonó la hacienda, siendo despedido por Edwin.

Este desapareció en el interior, y entonces Sol, con el rostro endurecido por la ira, abandonó su escondite y se dirigió al lugar donde yacía el ovejero.



—Pues a estas horas está usted acusado de darle muerte.

No le importaba la vida de éste. Le consideraba uno de tantos en el asunto, e indigno de toda protección, pero su muerte había sido alevosa y no estaba dispuesto a que sirviese de prueba contra Bing, como había servido el fatídico sombrero.

Se inclinó sobre el caído y, al pulsar su mano, observó que aún vivía. Esto le produjo un estremecimiento de ansiedad y un plan rápido cruzó por su mente.

Tomó el cuerpo del herido, cargándoselo al hombro, y se dirigió a la puerta de la cerca, que abrió sin ruido. Luego cerró, y escondiéndose entre los árboles buscó un claro entre ellos donde diese la luz de la luna y se dedicó a reconocer al herido.

La herida de este parecía grave, debía serlo, pero no había llegado al corazón como parecía. La bala debió desviarse al lado contrario y el herido, en medio de su gravedad, había quedado

privado de sentido.

Sol, febril, buscó agua en un regato cercano, lavó como pudo el orificio, se lo taponó con un pañuelo y cargando de nuevo con él, lo atravesó sobre el caballo, y llevando éste de las bridas, despacio, dio un rodeo hasta alcanzar la salida de una de las calles estrechas y sombrías que desembocaban en la plaza donde estaban instaladas las oficinas de Curly.

Asomado desde la esquina, vio luz en las ventanas y esperó. Adivinaba que se encontraba dentro Barnes y no quería darse a ver de éste aún.

Poco después el ovejero salió a la ralle montando a caballo y Curly le imitó, sacando el suyo del cobertizo. Al hacerlo, debió observar la falta del caballo de Sol, pero seguramente se guardaría sus impresiones para sí.

Cuando desaparecieron por una calleja contraria, Sol avanzó y llegó a la puerta, encontrándola cerrada. Dio la vuelta y descubrió entornada la de la corraliza. Curly no debió querer cerrarla suponiendo que Sol no tardaría en regresar de su misteriosa excursión.

Cuando entró en el despacho encontró sobre la mesa dos líneas escritas a lápiz. En ellas advertía que iba a la hacienda de Barnes requerido por éste para un asunto que le haría mucha gracia saber.

Curly ignoraba que se había adelantado a él y que sabía del asunto mucho más que pudiese averiguar el *sheriff*.

Sol depositó el cuerpo del herido en una banqueta y corrió al dormitorio donde Bing se hallaba recluido, haciéndole salir. El muchacho estaba nervioso y no acertaba a explicarse lo que sucedía con tanta ida y venida a tan altas horas de la noche.

Al ver a Sol, respiró preguntando:

—¡Por todos los santos! ¿Quiere usted decirme qué sucede? He oído la voz agria de Barnes, pero ignoro a qué ha venido ese escorpión.

—Yo se lo diré, pero corra; ayúdeme a ver si podemos hacer algo por salvar la vida a un hombre.

Bing le siguió al despacho y al ver al herido, preguntó:

—¿Quién es este tipo? Parece que está muerto.

—¿Ese tipo? ¿No le conoce?

—No.

—Pues a estas horas está usted acusado de haberle dado muerte.

—¿Yo?—inquirió con asombro el proscrito.

—Sí. Usted ha asaltado esta noche la hacienda de Barnes, se ha tiroteado con él, con Edwin y con este peón y ha dado usted muerte

a esta carroña.

—Bueno, como broma puede pasar.

—No es broma. Barnes ha venido a denunciarle y para probarlo se ha llevado a Curly.

—Bueno. Menos mal que Curly sabe…

—Pero Barnes, no. Este es el resbalón más grande que ha podido dar para colgarse él mismo de un árbol. Como verá, el haber accedido a quedarse aquí le ha salvado de muy graves peligros.

—Lo comprendo, pero… ¿quiere decirme qué ha sucedido?

—Se lo diré ahora. Busque el botiquín de Curly. Debe estar en su baúl.

Bing salió, volviendo poco después con lo pedido. Sol rasgó la camisa del herido y se dedicó a practicar una cura bastante difícil.

Quemó un abrecartas de acero que Curly tenía en su mesa y lo introdujo en la herida hasta tropezar con la bala que se había detenido al chocar contra una costilla. Un poco profunda estaba, pero su audacia le impulsaba a extraerla.

Quemando la aguda punta de su afilado cuchillo y mojándola en yodo, agrandó la herida y hurgando en ella, consiguió desprender la bala, que extrajo a costa de grandes esfuerzos. El herido se estremeció varias veces, pero no dio señales de volver en sí.

Por fin, extraído el plomo, lo guardó en el cajón de la mesa de Curly, mojó hilas en yodo, las introdujo en el orificio, vendó la herida con vendas fabricadas con trozos de camisa y después de introducir en la boca del herido un poco de coñac, le llevó a uno de los lechos, ordenando a Bing que no se separase de él.

—Escúcheme—dijo—; de que este hombre salve su vida, al menos para poder declarar, depende su libertad. Cuide de que no cometa ninguna imprudencia si vuelve en sí.

—¿Pero me quiere decir…?

—Si. Escúcheme.

Y le contó todo lo que había presenciado.

Bing rechinaba los dientes con ira y de no haberlo impedido Sol, hubiese tomado un revólver para correr en busca de Barnes y acribillarle a tiros por granuja y falsario.

Pero Sol le prohibió intervenir para nada en el asunto. A él le bastaba con el testimonio de Curly que atestiguaba la falsedad de la acusación y lo demás corría a cargo de ellos dos.

—¿Qué piensa hacer usted ahora?—preguntó Bing.

—De momento nada. No quiero estorbar la iniciativa de Curly. Veremos qué sucede cuando llegue allí y no le puedan mostrar el cadáver. Espero que esto les haya producido más sorpresa que si les

hubiese caído encima toda la mole del Tabernacle Butte.

—¿No cree usted que se den cuenta del peligro que corren e intenten escapar?

—Es posible, pero… ya me encargaré yo de que eso no suceda. Lo importante es que este hombre recobre el conocimiento y pueda declarar lo sucedido. Después… Nos dedicaremos a buscar el árbol que mejor les cuadre a los cuellos de ese par de alimañas.

Dejó a Bing entregado a la mayor ansiedad y abandonó las oficinas. La noche estaba muy avanzada, y no tardando mucho la luz del alba surgiría disipando las tinieblas de aquella trágica noche.

Silenciosamente se dirigió de nuevo a la hacienda de Barnes. No tenía intención de darse a ver en ella hasta que no cambiase impresiones con el *sheriff*, pero sí quería estar alerta y vigilar estrechamente.

Ignoraba las reacciones de Curly, y si éste perdía la paciencia y echaba todo a rodar, descubriendo la farsa, podía correr un inmediato peligro.

Capítulo VIII

HORAS DE SOBRESALTO



IVA extrañeza causó la extemporánea visita de Barnes a Curly.

Se levantó intrigado y, encarándose con el ovejero, que parecía muy asustado, preguntó:

—¿Qué diablos le sucede a usted, señor Barnes, para acudir a mis oficinas a estas horas?

Barnes, rugiendo como un toro, gruñó:

—¿Que qué me sucede? Usted tiene la culpa de todo por mostrarse blando con ese maldito forastero y con el fugado. Esta noche he estado, como temía, a punto de caer a sus manos.

—¿Qué me dice usted?—preguntó Curly puesto en guardia, pues entendiendo mal creía que se refería a Sol.

—Sí, Bing ha asaltado esta noche mi hacienda fiando en que mi equipo está en los pastos y por milagro no he sido víctima de su odio.

Curly abrió mucho los ojos y sintió tentaciones de romper a reír ante lo grotesco de la acusación, pero reprimiéndose, exclamó:

—Bien, cuénteme lo sucedido.

—Pues, sencillamente, esto. Como ya le mandé recado, mi capataz tiene un pie torcido y no se puede mover. Le duele mucho y para distraerle le tuve en mi despacho hasta hora avanzada, repasando cuentas. Estábamos engolfados en esta tarea cuando una detonación rompió el silencio de la noche y los cristales de mi despacho saltaron en pedazos, yendo la hala a incrustarse en la pared fronteriza, pasando sobre mi cabeza. En previsión de cualquier sorpresa, yo tengo siempre un hombre de guardia en la huerta. Este, por lo visto debía andar dando la vuelta por la hacienda. Apenas sintió el disparo, acudió en nuestra ayuda y los tres, él desde la huerta y nosotros desde mi despacho, repelimos la agresión disparando sobre la senda, desde donde nos habían disparado a nosotros. Se cruzaron varios disparos y en medio de ellos captamos un grito de dolor, creyendo que habíamos acertado a

nuestro enemigo, pues dejaron de disparar contra nosotros; pero al fin, cuando nos atrevimos a salir, descubrimos con terror que la víctima habla sido mi peón, el cual había recibido un tiro en el pecho, quedando muerto en el acto. En vista de la gravedad del caso, y contra la opinión de Edwin, que no me quería dejar salir, he montado a caballo y he venido a requerir su presencia. Allí está el muerto como testimonio y podrá usted comprobar la agresión y la defensa por los proyectiles que se han clavado en Ja pared y en la cerca.

Curly, muy serio, se preguntaba interiormente qué clase de trampa le estarían tendiendo aquel par de pájaros carniceros, pero, sin reflejar sus impresiones, preguntó:

—¿Está usted seguro de que era Bing?

—¿Que si estoy seguro? ¡Claro que lo estoy! ¡Si hubiese oído usted los insultos y las amenazas que nos lanzó desde la senda amparado en las sombras!

—¿Y dice usted que ha matado al peón?

—De un tiro en el pecho. No hemos querido tocarte hasta que usted le viese. Por eso he venido a estas horas, aun arriesgándome a una emboscada. Bing no debe estar muy lejos y usted está obligado a buscarle rápidamente y a reintegrarle a su prisión.

—Ya lo están buscando, señor Barnes, pero la cosa no parece sencilla.

—¿Que no? ¿No lo localicé yo el primer día? Si no hubiese intermediado ese maldito forastero a estas horas se estaría pudriendo bajo tierra.

—Seguramente, pero... yo no tuve la culpa.

—Pero usted ha podido obligar a su protector a descubrir dónde se esconde.

—No lo sabe. Le dejó en el monte. Le he vigilado y no se ha acercado a ningún lugar donde pueda estar oculto.

—Y, sin embargo, está cerca. Vamos, señor, Curly, usted es el *sheriff* y debe obrar con energía.

Curly, dando un sentido oculto a sus palabras, replicó:

—¡Y tanto que obraré con energía, señor Barnes! Le juro que el autor de esa muerte morirá colgado de un buen roble. Espere un momento que soy con usted.

Sigilosamente pasó al dormitorio de Sol para darle cuenta de lo ocurrido, descubriendo que no se hallaba allí, cosa que le contrarió. No sospechaba que pudiese haber salido sin advertirle y se preguntaba dónde andaría y cuáles serían sus proyectos.

Escribió rápidamente la nota que dejó al salir en la mesa y,

montando a caballo, se dirigió a la hacienda.

Cuando llegaron a la empalizada, Barnes, nervioso, abrió la puerta y dirigiéndose a la huerta, exclamó:

—¡Ahí tiene usted el cadáver de mi infeliz peón!

Curly avanzó auxiliado por la clara luz de la luna y buscó ansiosamente con la mirada sin descubrir al muerto, mientras Barnes, que le seguía y no se había dado cuenta de la desaparición, preguntaba:

—¿Se convence usted ahora?

—¿De qué?—preguntó burlón el *sheriff*—. Su muerto de usted no debía encontrarse a gusto al aire libre, porque ha desaparecido.

El ovejero se quedó pálido al comprobar el aserto y balbuceó:

—No. No es posible... yo... yo le dejé ahí...

Se inclinó mostrando el charco de sangre.

—¿Ve usted esto?—preguntó—. Es sangre. Yo no he inventado el crimen.

—No lo discuto, pero el cuerpo no está aquí.

Barnes, más nervioso cada vez, se disculpó.

—Quizá Edwin haya mandado trasladarlo. Espere que le pregunte.

Como una tromba penetró en la hacienda, llamando a gritos al capataz:

—¿Qué diablos sucede?—preguntó éste inquieto, saliendo al encuentro.

—¿Qué ha hecho usted con el cadáver de Claudio?

—¿Yo? No creerá usted que me lo he comido. En la huerta estará.

—Estaría. No está, y el *sheriff* duda de nuestro cuento.

—¿Que no está?—rugió Edwin y olvidando su falsa torcedura de pie, echó a correr delante de su patrón, saliendo a la huerta.

—¿Qué diablos sucede, Curly? ¿Qué dice mi patrón de que ha desaparecido el cadáver?

Curly le miró burlón, y en lugar de contestar a la pregunta, comentó:

—Veo que la noticia le ha servido de panacea para curar su averiado pie. La cura ha sido instantánea y no me extraña. Un cadáver que resucita...

Al oír la palabra resucita, Edwin se quedó blanco como el papel y rugió:

—¡Al infierno con sus bromas! Claudio no podía resucitar porque le dejé bien muerto.

—¿Fue usted el encargado de «dejarle muerto»?—preguntó

irónico el *sheriff*.

—No bromee, ¡maldita sea su alma!—rugió Edwin—. Digo que cuando me separé de él, después de examinarle, estaba completamente sin vida.

—¡Ah! Pues se lo han debido llevar los buitres.

Tanto Barnes como el capataz se hallaban bajo el agobio de la más extraña angustia. No podían imaginarse tal desaparición, y el ovejero, como última esperanza, insinuó:

—¿No habrán regresado nuestros hombres y habrán retirado el cadáver?

—No; me hubiesen avisado, les hubiese sentido...no...no me explico... a menos que...

—Siga—dijo Curly al verle dudar.

—A menos que el propio Bing se lo haya llevado.

—¿Para qué?

—Pues... para borrar el testimonio de su asalto.

—Si, podía ser—afirmó zumbón Curly, a quien estaba divirtiendo mucho la escena—. Lo que no me explico es cómo pudo arriesgarse a volver por el cadáver y a llevárselo. No creo que piense hacer un dije con él o pasearlo como un trofeo por el poblado.

Barnes, que no podía dominar el pánico que la desaparición le había causado, gruñó:

—No gaste usted bromas macabras, Curly. El caso no es para ello.

—Claro que no, pero usted me ha traído para ver un cadáver y no me lo demuestra. Si lo principal no existe, ¿cómo me voy a creer el resto?

—¿Acaso duda usted de mi afirmación?

—No, pero exijo pruebas. Esa sangre puede ser de una oveja. Venga el cadáver y...

—Usted no tiene derecho a mostrarse incrédulo ante mi denuncia. Aproxímese y vea.

Le llevó a la cerca donde le mostró las balas incrustadas. Luego le hizo ver los recientes desconchados en la pared y, por último, el cristal roto de la ventana del despacho y el lugar donde se había clavado el proyectil,

—¿Cree usted que esto no son pruebas del asalto?

—Si las parecen, pero... ¿y el cadáver? Eso es lo grave, lo que podría acusar a Bing o a otro. Yo necesito esa prueba de convicción.

—Se lo habrá llevado para enterrarlo y evadir tan terrible cargo.

—Quizá. Habrá que averiguarlo. Mientras tanto yo no puedo

admitir la denuncia. ..

—¿Cómo que no?

—La admitiré si me la presenta por escrito bajo su responsabilidad.

—Claro que lo haré—rugió Barnes—. Ahora mismo, y si usted no sé atiene a ella, acudiré a Rook Spring.

—No hará falta, señor Barnes. Usted me da la denuncia escrita acusando a Bing y de lo demás me encargo yo.

—Pues pase conmigo al despacho.

Curly le acompañó. Había provocado aquella situación porque necesitaba testimonios fehacientes para tener al ovejero y su capataz cogidos sin salida. Con la declaración firmada podía proceder contra ellos en todo momento, demostrando su falsedad.

En cuanto al cadáver del peón, no dudaba que hubiese muerto, pero ¿por quién? Posiblemente asesinado por la pareja denunciante y en su desaparición estaba adivinando la diabólica mano de Sol, ya que éste había desaparecido de su despacho y nada sabía de sus andanzas en toda la noche.

Ya en el despacho, Barnes, con pulso nervioso, escribió la denuncia. Afirmaba que tanto él como su capataz habían reconocido en el asaltante a Bing Delaware y atestiguaban cómo había matado a su peón Claudio.

Barnes firmó la declaración, y Curly, dirigiéndose a Edwin, preguntó:

—¿La mantiene usted también como suya?

—Pues claro que la mantengo.

—Entonces haga el favor de firmarla.

Edwin dudó; pero a una mirada de su patrón estampó su firma en el pliego,

—Perfectamente—dijo Curly, guardándose el papel—. Les prometo que esto quedará aclarado dentro de muy poco. El cadáver de su peón aparecerá porque no es un objeto que se pueda guardar como recuerdo en un baúl, y cuando aparezca... alguien puede temblar por su cuello.

La luz del alba empezaba a colorear el cielo. Una tenue claridad azulina y rosada se dibujó vagamente por Oriente y el paisaje perdió sus tonos sombríos e imprecisos para adquirir vida y silueta.

Los pájaros despertaban en los árboles y el aire de la mañana susurraba entre sus hojas.

Curly abandonó la hacienda regresando a sus oficinas. Iba preocupado, preguntándose qué debería hacer y si ya no había echado todo a rodar, era porque ignoraba las andanzas de Sol y

necesitaba estar de acuerdo con él para proceder.

Se acercaba al poblado cuando un jinete surgió de un grupo de árboles, y Curly, al reconocerle, exclamó con alegría:

—¡Sol, por todos los diablos!... ¿Dónde se mete usted?

—¡Oh! He pasado una noche deliciosa... ¿Y usted?

—No me haga rabiar más, Sol, que estoy en ascuas. ¿Ha sido usted la misteriosa ave de rapiña que se llevó el cadáver del peón de Barnes?

—En efecto, yo he sido, pero no eche responsos a los muertos con tanta premura, porque aún no los necesita.

—¿Cómo? ¿Acaso no murió y...?

—Justamente. En su miedo, le dieron por muerto y yo me lo traje. Presencié el asesinato sin poderlo evitar, pero rescaté el cuerpo, Está grave, pero vive. En sus oficinas lo tiene ya curado y al cuidado de Bing.

—¿Me está contando usted un cuento de miedo?

—Le estoy diciendo la verdad. Lo asesinaron para fingir que habían sido asaltados por Bing. Fue algo muy teatral a lo que asistí oculto. Cuando Barnes salió para hacerle la denuncia, me acerqué al herido, observé que vivía y me lo llevé. Le he curado y espero que salga del lance.

—¡Magnífico! Aquí tengo la denuncia escrita y firmada por Barnes y Edwin. Afirman que les asaltó Bing y que le reconocieron a más que les insultó y ¡amenazó!

—Bien. Con eso basta para llevarles a la horca. Ahora vamos a ver cómo está el herido y si tiene posibilidades de vivir, como creo; reúna inmediatamente a sus ayudantes para cercar la hacienda y capturar a ese par de buitres. Temo que no se dejen coger fácilmente, porque la desaparición del supuesto cadáver debe haber sido para ellos un clarín de alarma.

Tanto si lo creen solo herido y puede hablar, como si sospechan que yo he podido rescatarlo, supondrán que todo está descubierto y no se entregarán fácilmente. Esto si no tratan de huir rápidamente.

—¡Por Judas que no lo consentiré! Vaya a mis oficinas y cuídese del herido; yo, mientras, voy en busca de mis ayudantes. Esa pareja de coyotes no puede continuar suelta un minuto más.

Y, dejando a Sol, se encaminó a diversos lugares del poblado para reunir a sus hombres, mientras Sol, satisfecho del resultado de la jornada, se apresuraba a regresar a las oficinas para dar cuenta a Bing de la proximidad de su rehabilitación.

Capítulo IX

EN LOS DIENTES DE LA TRAMPA



PENAS Curly hubo desaparecido de la hacienda, Barnes y Edwin, que se hallaban bajo el peso de una zozobra trágica, se miraron en silencio, reflejando en sus ojos el pánico que les dominaba, y Barnes balbuciente, preguntó:

—¿Qué sospecha usted, Edwin?

—No sé; pero, siento la impresión de que nos están encerrando dentro de una trampa de la que debemos apresurarnos a salir.

—¿Usted cree que Claudio no murió?

—No, no puedo admitir eso. Le di el tiro en el corazón, a tres pasos. No pudo escapar, pero alguien se ha llevado el cadáver, no sé con qué objeto; y si se lo ha llevado es porque debió presenciar su muerte.

Barnes se apoyó en la mesa para no caer y rugió:

—¿Qué dice usted? ¿Acaso sospecha que ese maldito «Vengador» rondaba por aquí o estaba oculto y...?

—Justamente, y si así ha sido, no tardarán mucho en venir en nuestra busca.

Barnes se desató en improperios contra su capataz. Él tenía la culpa de todo. Lo había complicado con sus maquinaciones y ahora tenían la cuerda pendiente del cuello.

Edwin, rabioso, gritó:

—No ladre tanto y tome una determinación. Usted y yo estamos igual de comprometidos. Si yo maté a su sobrina, fue porque usted me pagó por ello. Tan culpables somos el uno como el otro, y ahora de lo que se trata es de salvar el cuello.

—¿Abandonando todo esto que tantos peligros me ha costado poseer?

—Llévéselo en el bolsillo si quiere o quédese a ver si se lo dejan. Estaba usted prevenido hace tiempo ante una posible contingencia y ha reunido todo su capital en dinero. Búsquelo y vámonos. Aunque pierda usted algo, salvará mucho, y con ello podemos establecernos

en algún rincón ignorado o más allá de la frontera.

Barnes se revolvió al oírle:

—¿Acaso piensa que le voy a dar la mitad?

—¿Por qué no? Lo que tiene usted me lo debe a mí. Juntos hemos hecho el negocio; juntos hemos recorrido los mismos peligros y juntos debemos huir y compartir lo que la suerte nos depare.

—¡No!... Eso nunca. Sería mi ruina. Le daré a usted quince mil dólares y con los cinco mil que le di entonces...

—Aquéllos ya no existen. Sólo tengo lo que usted tenga. No lo piense más o no nos serviría ni a usted ni a mí.

Barnes, rabioso, se dirigió a una pequeña caja de hierro que tenía empotrada en la pared disimulada con un cuadro del Presidente de la República y la abrió con mano nerviosa. Dentro había un gran fajo de billetes de mil dólares y un pequeño revólver, con mano nerviosa, asió el arma acometido de una brusca resolución. Mataría a Edwin, pues ya todo le importaba poco, y huiría solo con todo lo ahorrado.

Pero el capataz debió adivinar sus reacciones, porque detrás de él permanecía alerta sin apartar la vista de su mano, y así, cuando le vio moverla con rapidez empuñando el arma, más rápido que él sacó el revólver y disparó.

Barnes recibió el tiro de costado y no tuvo tiempo a replicar. Lanzó un rugido de dolor y rabia, y dejando caer el revólver se apretó el costado mirando a Edwin con los ojos muy dilatados y una luz terrible de odio y rabia.

Luego cayó al suelo, revolcándose en él, mientras el capataz, mirándole fríamente, dijo:

—¿Con que ése era su juego? ¡Canalla! ¿Creía acaso que iba a cogerme desprevenido? No. Estaba avisado. Ahora todo será para mí. Me largaré con su botín, y si no me cogen le mandaré rezar alguna misa en son de gracias.

Dio una patada al revólver, y tomando el dinero se lo guardó a puñados en los bolsillos. Luego se dirigió como una exhalación a su dormitorio, tomó algunas cosas muy necesarias para la huida, y sacando el caballo del cobertizo traspasó la cerca y salió a la senda.

Ansiosamente miró a todos lados, pero no se veía alma viviente por parte alguna. Aunque era de día, apenas si el alba había roto y podía contar con más de una hora para huir libremente. Se dirigiría al monte que conocía muy bien y una vez en él, buscaría la salida por algún lugar asequible y se internaría en Idaho para alcanzar Montana y desde allí cruzar la frontera canadiense.

A todo galope se dirigió camino del Tabernacle Butte, pero cuando ya lo tenía a la vista palideció, lanzando una maldición. Un grupo de jinetes le cortaba el paso como si supiese que debía dirigirse hacia allí y le estuviesen esperando.

Edwin reconoció en los jinetes a los ayudantes del *sheriff*, con Sol a la cabeza, y rabioso, clavó las espuelas en los flancos del caballo, espoleándole cruelmente a que galopase en dirección contraria.

Si lograba distanciarse de ellos, galoparía hacia los picachos del Atlantic Peak, otro monte acogedor e intrincado, y si no lo conseguía, moriría matando, pero no se entregaría sabedor de que sólo le esperaba una buena cuerda al cuello.

* * *

Cuando Sol dejó a Curly camino de las moradas de sus ayudantes corrió a las oficinas. Estaba seguro de que tanto Barnes como Edwin no eran tontos y que la desaparición del cuerpo del peón les obligaría a suponer que era él quien había intervenido y que, por lo tanto, estaba al tanto de sus maniobras.

Esto les impulsaría a tomar una determinación rápida y ésta no podia ser otra que la de huir.

Cuando entró en la estancia donde yacía el herido éste deliraba a causa de la fiebre, y en su incoherencia iba dando detalles sueltos de la escena que había estado a punto de costarle la vida.

Bing se levantó, diciendo:

—Delira, pero dice cosas muy interesantes.

—Las conozco todas, Bing. No importa que tarde en recobrar el conocimiento. Los asuntos se precipitan y su testimonio será tardío, aunque útil para usted.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que no tardando mucho quedará todo aclarado. Apuesto mi caballo contra dos centavos a que Barnes y Edwin están haciendo preparativos para escapar.

Bing se levantó resueltamente, diciendo:

—¡Eso jamás! Aunque me cuelguen no lo consentiré.

—Cálmese—advirtió Sol—. Yo soy el que no lo va a consentir. Usted se va a estar aquí. No olvide que el testimonio de este hombre es la llave de su libertad y le interesa velar por su vida. De lo demás me encargo yo.



Pero Sol veloz, le cortó el paso y...

—¡Oh!... ¿Por qué no me deja salir a su encuentro?

—Porque usted está interesado en el asunto y eso le perjudicaría. Tengo la sospecha de que no se entregarán vivos y, por lo tanto, sólo el testimonio de ese peón le puede salvar. Ocúpese de él, puesto que lo que le interesa es rehabilitarse y recobrar su libertad.

Ring tuvo que resignarse, y Sol abandonó las oficinas montando a caballo para galopar hasta la hacienda de Barnes, no perdiéndola de vista, mientras el *sheriff* reunía sus hombres.

Pero a mitad de camino descubrió a Curly al frente de ocho ayudantes suyos. El *sheriff* no se había dormido y en muy poco tiempo había logrado reunir un número suficiente de hombres decididos para dar la batalla a los criminales.

Curly cortó el paso a Sol, preguntando:

—¿Dónde diablos iba usted?

—A la hacienda de Barnes.

—¿Está usted loco? ¿No comprende que solo corría un grave peligro? No creo que la cosa sea tan urgente.

—¿Usted cree que no? Pues yo creo, todo lo contrario. Me apuesto a que si no han huido ya, están a punto de hacerlo.

—Curly, impresionado por su seguridad, dio orden de acelerar el trote, y sus ayudantes, que ardían en deseos de capturar a semejantes monstruos, aceptaron gustosos la invitación, forzando el galope de sus caballos.

Pero apenas habían aumentado la marcha cuando la silueta de

un jinete se boceto en la lejanía y Sol, envarándose, advirtió:

—¡Atención!... ¡Por allá va alguien buscando el monte! Me parece que se trata de Edwin.

Minutos después, acortada la distancia, reconocieron que, en efecto, se trataba del capataz de Barnes, y Sol, intrigado, comentó:

—¿Cómo diablos galopa tan solitario? ¿Se habrá desentendido de su jefe?

Curly tuvo una visión más exacta de la realidad al insinuar:

—Si no es que se ha deshecho de él para maniobrar con más libertad...

—¡Por el infierno!—clamó Sol—. ¡Creo que tiene usted razón, y en este caso lo que importa es no dejarle escapar! Alguien tiene que declarar la verdad. ¡Adelante, para cortarle el paso!

Pero la orden llegó tarde; ya Edwin se había dado cuenta del peligro y dando vuelta al caballo emprendía un galope endemoniado para distanciarse de ellos.

Pero Sol poseía un caballo con el que no había contado Edwin. «Stard» era una montura excepcional por lo rápida y resistente en la carrera y el capataz lo iba a comprobar a su costa.

En el momento de arrancar gritó:

—Despliéguense de forma que le corten todas las salidas al monte. Le obligaré a galopar por el llano hasta darle alcance y obligarle a rendirse.

Rápidamente fue dejando atrás a sus compañeros, los cuales, obedeciendo sus instrucciones, se desplegaron formando una barrera en la dirección del Atlantic Peak.

Edwin se dio cuenta y desistió de alcanzarle. Caminaría en sentido opuesto buscando la divisoria de Utah, si le era posible, y si no...

Pero pronto se convenció de que sus ilusiones eran falsas. Cada vez que volvía la cabeza hacia atrás, distinguía el caballo de Sol más cerca del suyo y esto le enfurecía, pues ya no podía sacar más partido de la velocidad y resistencia de su cabalgadura.

Rabioso, volvió el brazo y disparó. El proyectil silbó cerca de tu perseguidor, pero éste, desdeñándole, continuó avanzando.

Por dos veces hizo fuego sin resultado, El movimiento del caballo y la postura eran enemigos poderosos que le impedían fijar el blanco.

Sol, que hasta entonces se había limitado a acosarle acortando la distancia, se decidió a disparar. No quería matarle, sino abatirle, y así, con cuidado, buscó un lugar asequible para su intento.

La bala se le clavó en el hombro derecho, anulando su brazo

para la defensa. Edwin lanzó un rugido de desesperación al saberse impotente y tumbado sobre el cuello del caballo intentó, como último recurso, seguir cabalgando.

Pero Sol, veloz, le cortó el paso y echando su caballo encima del contrario, lo derribó haciendo salir a Edwin despedido como una pelota.

Cuando el caído trataba de incorporarse echando mano al cuchillo para defenderse, Sol, de un salto, cayó sobre él aferrándole el brazo y volviéndoselo hasta obligarle a soltar el arma.

—¡Por fin!—rugió «el Vengadora—. ¡Ahora vamos a hablar tú y yo de muchas cosas que tenemos pendientes!

El capataz le miró con ojos de loco y gruñó:

—¡Me matarás, pero no harás mover mi lengua!

—¡Bien, eso lo veremos pronto!

Ató al herido con su lazo y esperó. Poco después se le unían el *sheriff* y sus ayudantes.

—¡Buena faena, Sol!—dijo Curly—. ¡Ha cazado usted limpiamente un coyote, y de los peores!

—Bien, vamos a la hacienda de Barnes con él. Quiero saber lo que ha sucedido allí.

Cuando penetraron en el despacho del ovejero encontraron el cadáver de éste en tierra y a sus peones rodeándole consternados. Adivinaban lo que había sucedido entre él y el capataz, pero nadie había podido ratificar sus dudas.

Cuando vieron a Edwin herido y amarrado palidecieron. Ninguno tenía la conciencia tranquila y todos suponían que algo les alcanzaría, pero nada podían hacer, pues la presencia de los ayudantes del *sheriff* era una amenaza para ellos.

Cuando Sol enfrentó a Edwin con el cadáver, el capataz, riendo siniestramente, exclamó:

—¿No queríais colgarle? Pues os he ahorrado ese trabajo. Era un cobarde indecente que pretendía huir cargando sobre mí toda la responsabilidad de sus crímenes.

Sol, mirándole torvamente, preguntó:

—¿Quién mató a Helen?

—¡Él!—rugió Edwin—. Quería heredarla.

Sol sacó de su pecho el látigo hallado en la sima y dijo:

—¿Conoces esto? Es inútil que mientas. Tú mataste a la muchacha y perdiste el látigo al luchar con ella. Te pagó Barnes porque lo hicieras y tú colocaste el sombrero de Bing con el cadáver para culpar al muchacho de su muerte. También fuiste tú quien disparaste sobre mí cuando me seguiste hasta las cortadas.

—¿Estás dispuesto a confesarlo ante testigos?

—¡No!—rugió con los ojos desorbitados.

Sol, sin previa consulta, levantó el látigo y lo dejó caer sobre su rostro arrancándole un grito de dolor, y repitiendo el golpe, continuó sin conmoverse ante las súplicas del capataz.

Este, por fin, sangrante y deshecho, rugió:

—¡Basta! Es cierto. Yo la maté porque Barnes me dio cinco mil dólares por hacerlo. También le he matado a él porque quería huir con todo su dinero y dejarme colgado. ¡Matadme!... ¡Matadme de una vez, pero no me atormentéis más!

Sol se dirigió al *sheriff*, diciendo:

—Redacte la declaración y que la firme. En cuanto lo haga lo dejaré en sus manos y me inhibiré de este asunto. Mi misión ha concluido.

FIN